

COMPENDIO
DE LA
BIOGRAFÍA

DEL SIERVO DE DIOS

ILMO. PADRE

FRAY EZEQUIEL MORENO Y DIAZ

DE LA ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS

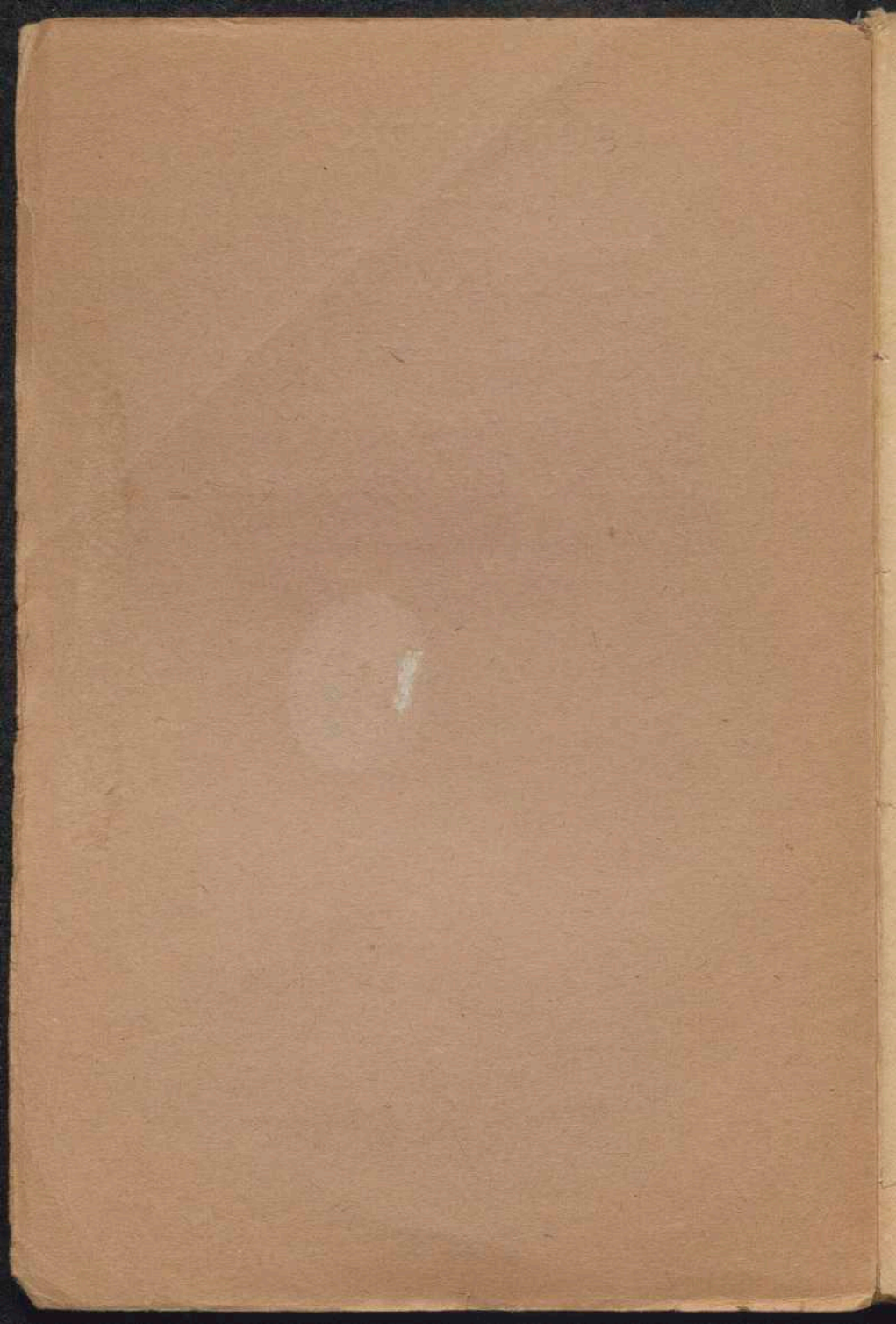
OBISPO DE PASTO EN COLOMBIA



MADRID

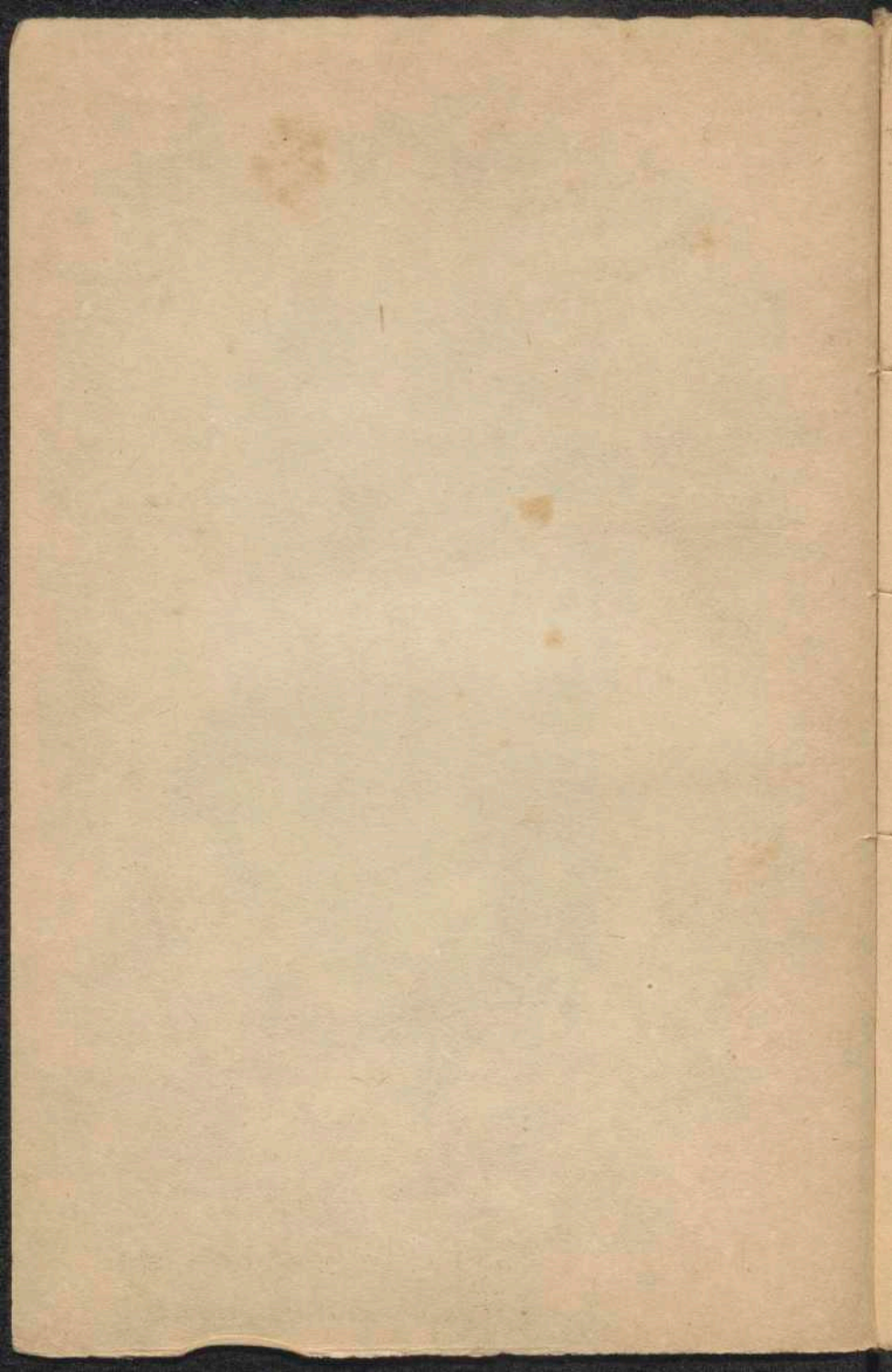
TIF. DE LA GREV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS

1918



S-214

3.500



COMPENDIO
DE LA
BIOGRAFÍA

DEL SIERVO DE DIOS

ILMO. PADRE

FRAY EZEQUIEL MORENO Y DIAZ

DE LA ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS

OBISPO DE PASTO EN COLOMBIA



MADRID

TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSCOS»

1918

R. 7007



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

COLETTI

BIOGRAFIA

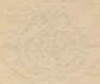
DEL

FRANCESCO

FRANCESCO COLETTI

DELLA

REDAZIONE



†

¡Viva Jesús!

PRÓLOGO

En 1909 publicamos la biografía del Ilmo. señor D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, Agustino Recoleta y Obispo de Pasto (Colombia), muerto en olor de santidad el año 1906. La fama de las heroicas virtudes y de los prodigios que el Omnipotente obra por intercesión de su siervo ha volado por todo el mundo, y en España, en América y en Filipinas acrecienta de día en día el espíritu de devoción al Ilmo. Sr. Moreno.

La Sagrada Congregación de Ritos ordenó que se formasen los correspondientes procesos para que pueda introducirse la causa de beatificación y canonización de tan sabio y virtuosísimo Prelado. Ya están terminados los de Pasto en Colombia, de Tarazona en España y Manila en Filipinas, y se está haciendo el de Bogotá, capital de la República de Colombia.

Por mandado de la autoridad eclesiástica se procedió en Octubre de 1915 a la exhumación del cadáver sepultado más de nueve años antes en el suelo de la iglesia de nuestro convento de Monteagudo (Navarra), y se halló el cuerpo incorrupto y sin detrimento alguno las vestiduras pontificales con que se le enterró.

Al fin de que Dios nuestro Señor, que tan admirable es en sus Santos, sea glorificado y su siervo más y más conocido, y para facilitar a las almas cristianas hermosísimos ejemplos de virtudes nos ha parecido conveniente reducir a compendio la biografía que antes escribimos con bastante extensión.

El Rdo. P. Fr. Pedro Fabo del Corazón de María, Definidor General de nuestra Orden, imprimió el año pasado un opúsculo con el título de *Olor de santidad*. En él manifiesta deseos de que los muy apreciables y nuevos datos que aporta se utilicen para escribir un segundo tomo de la biografía. Respetamos el buen deseo del fecundo escritor y entusiasta devoto del Ilmo. P. Ezequiel; pero no nos parece tiempo oportuno para hacerlo: creemos que debe esperarse a que, terminados los procesos e introducida la causa y próxima ya a su terminación, pueda escribirse entonces una vida completa del insigne Prelado, aprovechando las noticias de la biografía, de *Olor de santidad* y otras que entre tanto se descubran.

Ahora nos contentamos con lo único que podemos hacer, añadiendo en el compendio algo de

hechos maravillosos acaecidos después de publicada la primera biografía.

Sometemos al juicio de Nuestra Santa Madre la Iglesia lo que en este compendio escribiremos, sin pretender que se dé más fe que la humana a cuanto aquí referimos.

Convento de Marcilla (Navarra) a 27 de Dibre de 1917.

† FR. TORIBIO MINGUELLA,
Obispo titular de Basilinópolis
(dimisionario de Sigüenza).

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

†
¡Viva Jesús!

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

NACIMIENTO, PADRES, NIÑEZ Y VOCACIÓN DE EZEQUIEL

Nació el siervo de Dios, Ilmo. P. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, en la ciudad de Alfaro, que corresponde a la provincia de Logroño, una de las más fértiles de España. La partida de bautismo dice así: "En diez días de Abril de mil ochocientos cuarenta y ocho, yo el licenciado D. Julián García, canónigo penitenciario, y como tal Cura párroco de la Real e insigne Iglesia Colegial de esta ciudad de Alfaro, bauticé solemnemente un niño que, según la comadre, había nacido a las once de la mañana del día anterior, y le puse por nombre Ezequiel, hijo legítimo de Félix Moreno y Josefa Díaz: abuelos

paternos, Bruno y Manuela García; maternos, Antonio y Josefa Oscoz, todos naturales y vecinos de esta ciudad. Padrinos, Sebastián Pascual, consorte de Simona Martínez, y Vicenta Benito, consorte de Tiburcio Buenafuente, a quienes advertí lo necesario.—*Licenciado D. Julián García.*”

Eran los padres de Ezequiel de humilde posición social, sastres de oficio, pero modelos de honradez y de piedad cristiana, y en esas ideas y sentimientos educaron a sus cinco hijos, Eustaquio, Juana, Ezequiel, Valentina y Benigna. Se distinguía el padre por su devoción a la Santísima Virgen, asistiendo todas las mañanas con sus hijos al Rosario llamado de la Aurora. Esta circunstancia recordaba conmovido Ezequiel cuando, ya sacerdote, predicó en la iglesia de Dominicas de Alfaro. Decía derramando filiales lágrimas y haciendo derramarlas al auditorio: “A este templo me traía mi difunto padre de la mano, y aquí rezábamos y cantábamos el santo Rosario, cuando yo apenas podía balbucir las palabras.”

No podemos presentar la infancia y adolescencia de Ezequiel con las extraordinarias circunstancias que presagian en algunas otras almas lo grande de su santidad, vislumbrada por modo prodigioso desde la cuna. Nada de extraordinario se advertía nunca en él: su característica fué siempre lo común, lo sencillo, *hacer bien las cosas que hacía*, pero sin llamar la atención. “Muy obediente a sus padres, muy pacífico con sus hermanos, apli-

cado en la escuela, y con los niños vecinos amable y cariñoso." Esto es lo único que sus contemporáneos atestiguan.

Su hermano Eustaquio era sacristán de las monjas Dominicas, llamadas de la Esperanza, y *el pequeño*, como decía a Ezequiel, le acompañaba, ayudándole en lo poco que podía. Cuando el hermano mayor vistió el hábito agustiniano en Monteagudo, le sucedió el menor en la sacristía. "desempeñando su cargo—dice la M. Catalina Les, que entonces era la Religiosa sacristana, y aún vive—*tan callado, tan obediente y modesto como siempre.*"

Estudiaba, entre tanto, Gramática latina, e instruído ya en ella, pretendió entrar en el mismo convento en que estaba su hermano. El Señor le llamó a Religión por medios muy naturales: hijo de familia piadosa, sirviendo a monjas, oyendo hablar de frailes y viendo que lo era su hermano, nada tiene de extraño que se sintiera con vocación al claustro.

CAPITULO II

TOMA DE HÁBITO.—NOVICIADO.—PROFESIÓN.—ESTUDIOS.—SALIDA DE FR. EZEQUIEL PARA LAS MISIONES DE FILIPINAS.

El día 21 de Septiembre de 1864 por la mañana, en el coro de Nuestra Casa-noviciado de Montegudo, vistió el hábito de Agustino Recoleta, juntamente con otros trece jóvenes, Ezequiel Moreno, que adoptó como apellido religioso el *de la Virgen del Rosario*, el mismo que llevaba también su hermano, pues criados uno y otro en el servicio de iglesia de Santo Domingo, era muy justo que, a fuer de agradecidos, ostentasen ambos tan preciosa advocación.

Resume el Evangelista San Lucas la vida de nuestro adorable Salvador durante casi treinta años en aquellas brevísimas y substanciosas palabras: *Erat subditus illis*; estaba sometido a la Virgen y a San José. Ezequiel, que en el primer Nazaret de la familia había pasado sus más tiernos años obedeciendo a sus padres y maestros, en el Nazaret de la Religión sólo ha cambiado de superiores, perfeccionando su obediencia. Y como lo que él hacía lo hacían todos sus connovicios

con aquella regularidad y meritoria monotonía del claustro, no se fijaba el uno en el otro. Así es que al pedir detalles de la vida de Fr. Ezequiel en aquel período a varios de sus compañeros, contestan que era muy buen Religioso, y nada más... *¡Muy buen Religioso...!* ¿Es acaso, poco?

El 22 de Septiembre de 1865 hizo su profesión religiosa Fr. Ezequiel de la Virgen del Rosario, y sólo Dios y la Santísima Virgen del Rosario, de la que el joven estaba enamoradoísimo, saben todo el anhelo, espontaneidad y pureza con que ofreció aquel sacrificio, pronunciando con el corazón y con los labios sus votos de obediencia, pobreza y castidad, y el juramento especial de ir a las Misiones de Filipinas cuando sus superiores lo dispusieran.

La vida del profeso fué una continuación de la del novicio, pero progresiva en virtud y ciencia. Oigamos lo que nos dice uno de sus compañeros: "Cumplía fielmente sus deberes religiosos, y era en todo un excelente modelo a quien todos podíamos imitar. Su compostura, sus acciones y todo su modo de ser era religiosidad edificante. Amaba el retiro, y si bien concurría como todos a recreo, a paseo y demás actos, se retiraba luego, ya al coro, ya a su celda, siendo conocido por *el silencioso*. En fin: puedo asegurar que todo el tiempo que le conocí fué siempre *el bueno*, ya en salud, ya en enfermedad. (1)

(1) Declaración del P. Julián Funes.

En 1866, terminados los estudios de Filosofía, pasó Fr. Ezequiel al Colegio de Marcilla, que con destino al estudio de Teología se había abierto un año antes. Allí continuó observando la excelente conducta que en Monteagudo; tan dado a la piedad y al estudio.

Eran los primeros días de la Revolución de 1868 cuando con gran gozo de su espíritu emitió los votos solemnes, según las disposiciones de los Soberanos Pontífices. Al año siguiente, Octubre de 1869, se organizó una Misión de religiosos Recoletos para Filipinas. La formaban diez y ocho jóvenes, entre los cuales iba Fr. Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario, e iba, por cierto, muy delicado, pues le atacó en el camino fuerte calentura. "Abrasábase el pobre de sed—dice uno de sus compañeros—; nos pidió un poco de agua; no se la pudimos dar, porque no había; y él, con su acostumbrada tranquilidad interior y exterior, sólo dijo: *Pues paciencia.*"

Llegaron los Misioneros a Cádiz, embarcándose en la fragata *Concepción* a mediados de Octubre; llegaron a la bahía de Manila el 10 de Febrero de 1870. Una vez en la Casa-madre, o sea en nuestro convento de San Nicolás de Tolentino, y tras breve descanso de unos días en la hacienda, entonces nuestra, de Imus, donde tuve la dicha de verle por vez primera, reanudaron los nuevos Misioneros su vida claustral y escolástica, preparándose para recibir los Sagrados Ordenes. Quince meses estuvo Fr. Ezequiel

CAPITULO III

RECIBE LOS SAGRADOS ÓRDENES EN MANILA.—EL P. EZEQUIEL CAPELLÁN Y MISIONERO DE PUERTO PRINCESA. — PÁRROCO, VICARIÓ PROVINCIAL Y OTROS CARGOS.

En el transcurso de los quince meses que fray Ezequiel estuvo en la Casa-madre, fué recibiendo de manos del Excmo. Sr. Arzobispo de Manila los Ordenes Sagrados, confiriéndosele el de presbítero a 5 de Junio de 1871. Celebró la primera Misa con la devoción y seráficos ardores de quien fué siempre tan fervoroso, y le sirvió de padrino su hermano el P. Eustaquio, entonces Cura párroco y Vicario provincial de Calapán, en Mindoro. Llevó consigo al ya P. Ezequiel para instruirle en la administración espiritual y enseñarle el idioma tagalo. Pronto tuvieron que separarse los dos hermanos, pues la obediencia dispuso que el menor saliese con destino a la Paragua.

Esta isla, que pertenece a las Visayas y tiene unas ochenta leguas de larga por doce de ancha, era centro de reunión de los piratas joloanos, que

tantos cautivos hacían entre los cristianos de otras islas. Para atajar el mal determinó el Gobierno español ocupar militarmente el llamado Puerto Princesa, saliendo al efecto de Manila, el día 22 de Febrero de 1892, una expedición con todo el personal necesario. El P. Ezequiel era el encargado del gobierno espiritual de la nueva colonia, e iba con títulos de Capellán Castrense y de Misionero: llevó consigo otro religioso, que fué el P. Antonio Muro de la Virgen del Pilar.

Llegada la expedición el 4 de Marzo, comenzaron al punto los trabajos de tala y desmonte. "Nuestro primer cuidado—dice el P. Antonio—fué ver dónde colocaríamos una rústica capillita para celebrar el santo sacrificio de la Misa: se encontró uno a propósito, y formamos una capilla con ramas de árboles, en la que colocamos un altarcito hecho con las tablas de los cajones del equipaje, y en este rústico templo, sin más adorno, se ofreció por primera vez en aquella localidad el sacrificio de nuestros altares el domingo 10 de Marzo de 1872."

Un mes estuvieron los Padres viviendo en tienda de campaña, soportando el calor propio de aquellas latitudes y las inclemencias de los tiempos; luego se les proporcionó otra vivienda también pobrísima, y a la capillita de ramaje substituyó un pequeño camarín de caña y hojas, con el suelo de tierra apisonada. El P. Ezequiel trabajó allí como un apóstol, dando claras pruebas de la caridad que ardía en su pecho. "El cuidaba cariñosamente de

que nada faltase en lo espiritual a los enfermos, que eran muchos; predicaba a los sanos, y procuraba que todos marchasen por los senderos de los divinos mandamientos." Esto escribe el P. Antonio Muro, y lo prueba detallando algunos casos particulares de mucha edificación.

No contento el celo del P. Ezequiel con trabajar en la abigarrada feligresía que formaba la colonia y en atraer a la verdadera Religión a dos pueblecitos o rancherías de infieles existentes dentro de la bahía de Puerto Princesa, intentó una expedición a otros infieles que habitaban las márgenes del río Inaguan. No era posible ir por tierra porque había que atravesar impenetrables bosques. Así que se determinó hacerlo por mar, y al efecto se ajustó con el patrón de una barca pequeña tripulada por infieles naturales del mismo Inaguan.

El Padre fué bien recibido y permaneció entre aquellos pobrecitos una semana, empleado en su apostólica labor, consiguiendo ya el fruto de que aquellos habitantes se determinaran a formar población en sitio a propósito. Con esto quedaban echados los cimientos de una nueva cristiandad, que más adelante tuvo feliz resultado, si bien no fué el P. Ezequiel quien recogió el fruto, pero sí el sembrador: la cosecha se obtuvo pasados algunos años. Al regresar muy satisfecho de sus gestiones en pro de la salvación de las almas, tuvo precisión de pasar toda una noche a la intemperie en la playa donde desemboca el río Ina-

gauan, esperando que calmasen las olas del mar, porque siendo muy pequeña la embarcación en que debía regresar a Puerto Princesa, no era posible hacerlo sino con mar tranquila. Este contratiempo fué causa de contraer unas pertinaces calenturas que le pusieron a la muerte, obligándole a regresar a Manila.

Para acabar de reponerse volvió al lado de su hermano; pero éste fué nombrado poco después Secretario provincial. Quedó Ezequiel al frente de la parroquia de Calapán, desempeñando este cargo y el de Vicario de toda la isla de Mindoro. En Junio de 1876 fué trasladado al pueblo de Laspiñas, en la provincia de Manila, y allí, como en Calapán, consagró todos sus esfuerzos a labrar la dicha eterna de las almas a él confiadas. Siempre dispuesto para la administración de Sacramentos y visita a los enfermos, incansable en el púlpito y asiduo en el confesonario, era tenido por tan prudente y caritativo director de conciencias, que a él acudían incontables penitentes, no sólo de su feligresía, sino también de otros muchos pueblos convecinos.

Atendiendo en todo a la gloria de Dios y bien de las almas, se perfeccionó en el idioma tagalo, escribiendo muchas pláticas y sermones que después utilizaban no pocos religiosos, principalmente varios compañeros que tuvo para instruirlos en el idioma y en el ministerio parroquial.

Pasados tres años de residencia en Laspiñas, le trasladaron, bien a pesar de aquellos feligreses,

al pueblo de Santo Tomás en Batangas, donde sólo permaneció año y medio, pues en Noviembre de 18 recibió el nombramiento de Predicador general, yendo a Manila para ejercer su nuevo cargo.

“Sus sermones — dice el P. Antonio Muro, subprior del convento — sobresalían por una cualidad: la sencillez de su estilo a la vez que la claridad en la dicción, sin que por eso rebajase lo más mínimo la dignidad de la sagrada cátedra. En ellos no buscaba jamás mundanos aplausos: lo que predicaba le salía del corazón abrasado en el amor de Dios; así que no pocas veces se emocionaba y se le veía derramar lágrimas, sobre todo cuando predicaba de la Santísima Virgen.”

En Septiembre de 1882 fué destinado a la presidencia de la Casa-hacienda de Imus, y por espacio de tres años desempeñó aquel destino, de gran confianza y no poca dificultad, a satisfacción de los superiores, de los religiosos y de los colonos.

Sucedió entonces que el cólera morbo hacía estragos en el pueblo de Bacoor, limítrofe de Imus, y el P. Ezequiel dió pruebas de su heroica caridad encargándose de la administración espiritual de los barrios de Salinas y Mambog, cuyo número de almas ascendía a más de cuatro mil. De su mucha y fructuosa labor, no menos que del trabajo del párroco y coadjutores, da testimonio el que habiendo fallecido en Bacoor, pueblo de quince

mil almas, durante aquella epidemia, el crecido número de tres mil doscientas personas adultas, solo *tres* murieron sin confesión, y eso por no haber avisado a tiempo.

Con espontaneidad de verdadero celo trabajaba también en la parroquia de Imus, ayudando al Cura en la predicación y confesonario, al mismo tiempo que atendía con preferencia a que sus súbditos, que eran los Hermanos legos adscritos a la Casa-hacienda y sus dependencias, cumplieran sus deberes cristianos y religiosos, sin olvidar la buena dirección de los trabajos y cuanto les estaba encomendado.

CAPITULO IV

VENIDA DEL P. EZEQUIEL A ESPAÑA.—RECTOR DEL COLEGIO DE MONTEAGUDO

Más de quince años estuvo el P. Ezequiel en Filipinas, trabajando por la gloria de Dios y la salvación de las almas lo que sólo el Señor sabe. De allí salió dejando gratisimos recuerdos de su labor evangélica, y pensando volver a continuarla cuando los superiores se lo indicasen. Otros eran los designios de la divina Providencia.

“En el Capítulo Provincial de 1885—escribe el P. Antonio—fué nombrado el P. Ezequiel Rector del Colegio y Casa-noviciado de Monteagudo. Después de un feliz viaje, llegó a su destino a mediados del mes de Julio, cuando España se hallaba en gran parte invadida por el cólera morbo, que aún no había entrado en el pueblo donde se hallaba el Colegio. Tomó posesión de su cargo en Agosto, y a los pocos días se presentó el temido huésped, y pronto el nuevo P. Rector dió a conocer el celo y caridad que anidaba en su hermosa alma.

”El 22 de Agosto se presentó en el Colegio el primer caso del cólera, y en los días sucesivos hubo hasta doce atacados, de los que murieron dos. El P. Ezequiel se desvivía por que nada faltase a los enfermos en lo material, ni mucho menos en lo espiritual. No cesaba él de visitarlos a todas horas del día y de la noche, pasando todo aquel tiempo, que, gracias a Dios, no fué muy largo, á la cabecera de los coléricos.

”Sus pláticas a la Comunidad—continúa el padre Antonio, testigo presencial—eran llenas de fuego divino, y producían admirables efectos en todos. Cuando predicaba en el púlpito tenía la virtud de mover a los oyentes; así que la fama de sus sermones, junto con el buen olor de sus virtudes, se extendió por todos los pueblos vecinos, y por eso era muy solicitado para los púlpitos.”

Era quien este compendio escribe Vicario Provincial de la Orden, y a fines de 1887, por mandado de los superiores y con motivo de las fiestas jubilaires de Su Santidad el Papa León XIII, fuí a Roma y llevé conmigo de compañero al P. Ezequiel. Salimos de Madrid el 17 de Diciembre y llegamos a Roma el 22. En la estación cargó él con las alforjas y una pesada maleta. Asistimos a las funciones y beatificaciones, tuvimos la dicha de que el Padre Santo pusiera sus manos sobre nuestras cabezas, y a principios de Enero tornó Ezequiel a España con los peregrinos, y yo quedé en Roma para el despacho de asuntos de la Orden.

CAPITULO V

MARCHA EL R. P. EZEQUIEL A LAS MISIONES DE COLOMBIA. — VIAJE. — RESTAURACIÓN DE LA PROVINCIA RELIGIOSA.

Los designios de Dios sobre el P. Ezequiel eran que trabajase, no en España ni en Filipinas, sino en la América del Sur, y le dió por campo la República de Colombia. Había tenido allí la Congregación de Agustinos Recoletos una Provincia religiosa fundada por el V. P. Mateo Delgado, en 1602, y era conocida con el nombre de *La Candelaria*. Después de haber sido madre de no pocos Religiosos insignes en virtud y en letras, y después de pasar por grandes penalidades y vicisitudes, principalmente desde que América se separó de España, su madre patria, había decaído aquella Provincia tanto, que ya estaba agonizante, y pronto habría muerto si uno de sus hijos, el padre Juan Nepomuceno Bustamante, no hubiera hecho esfuerzos supremos para salvarla. Vino y tornó a España para recabar de los superiores de aquí el envío de personal que infundiese nuevos alientos en la moribunda.

Por fin se acordó en 1888 que de la Provincia de San Nicolás, perteneciente a las islas Filipinas y que contaba en la Península con los tres Colegios de Monteagudo, Marcilla y San Millán de la Cogolla, se formase una Misión de Religiosos con destino a Colombia. Había terminado entonces el P. Ezequiel sus tres años de Rector, y al preguntarle si se prestaría a formar parte en la expedición para América, contestó: "Hace ya algún tiempo que me parece me llama el Señor para esas Misiones, y pueden contar conmigo." Solamente indicó un deseo: el de ir como súbdito; no lo estimaron así los superiores, a cuya voluntad rindió el P. Ezequiel la suya, y fué nombrado Presidente de la Misión, compuesta de siete Religiosos. Vinieron a Madrid a fines de Noviembre del dicho año, y nuestro padre comisario apostólico, Fr. Gabino Sánchez de la Concepción, dió al Presidente el título de Provincial de La Candelaria, con las facultades consiguientes. De la Corte marcharon a Santander, donde tomaron el vapor *Saint Laurent*, de la Trasatlántica francesa.

El P. Santiago Matute, uno de los siete Misioneros, hace en los *Apuntes para la Historia* una relación detallada del viaje. Dice que sólo saltaron a tierra en Puerto Cabello, donde el P. Ezequiel celebró el santo sacrificio de la Misa, y donde encontraron al Sr. Arzobispo de Caracas (Venezuela), quien mostró grande empeño en llevarse consigo siquiera dos Religiosos, pues era grande en su Archidiócesis la escasez del Clero.

“¡Con qué buena voluntad—escribe el P. Matute—le hubiera complacido el P. Moreno, nuestro superior! Pero era imposible, atendida nuestra misión y las órdenes que teníamos de nuestro Padre Vicario General.”

Describe luego el autor de los *Apuntes* el término del viaje por mar, la llegada a Barranquilla, la subida por el río Magdalena hasta Yeguas, donde tomaron el tren que llevaba a Honda. Aún les quedaban cuatro días de marcha por caminos frágiles, largo y penoso trayecto que hicieron montados en mulas, que de rendidas apenas podían andar. Desde Facatativa partieron cinco de los Religiosos para el convento del Desierto, y los PP. Ezequiel y Santiago se dirigieron a Bogotá, capital de la República. El día 2 de Enero de 1889 entraban ambos en aquella ciudad, e hicieron luego su presentación a las autoridades. El señor arzobispo, D. Telesforo Paúl, estaba enfermo en el pueblo de Anapoima, distante una jornada de Bogotá: allí fueron Provincial y Secretario. “Mostróse el ilustre enfermo—dice el P. Santiago—muy contento y satisfecho con nuestra venida a Colombia, y se nos ofreció incondicionalmente.”

Volvieron ambos Religiosos a Bogotá, tomaron posesión de la pobre vivienda o Casa-convento, y trasladáronse al Desierto para reunirse con los otros cinco Misioneros, e inaugurar allí oficialmente el culto y la observancia. Entraban en el convento el 17 de Enero, después de tres días de marcha, y el 2 de Febrero, día del Misterio de

la Purificación, al que está dedicado aquel templo, quedó restablecido el culto en la iglesia, haciendo funciones extraordinariamente solemnes con numerosísimo concurso e infinidad de confesiones y comuniones.

Pasado el bullicio de la fiesta, reunió el P. Ezequiel á los religiosos, invocando el nombre de Dios, y después de exhortar a todos con la unción que él solía hacerlo y la forma especial que pedían las circunstancias, a observar puntualmente nuestras Sagradas Leyes, quedó instalada la Comunidad en el Desierto, nombró prior del convento y maestro de novicios al P. Ramón Miramón y subprior al P. Gregorio Segura del Carmen.

Antes había nombrado el P. Ezequiel secretario de Provincia al P. Santiago Matute, y con él se instaló en Bogotá, dando principio a la práctica del sagrado ministerio. "Confesar, predicar, asistir a enfermos, auxiliar a los moribundos, poner su contingente en los ejercicios y retiros espirituales, que allí con tanta frecuencia se dan en favor de pobres y ricos, la dirección espiritual de tres conventos de religiosas y de más de cien alumnas que tenía el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, las funciones cada día más esplendorosas y concurridas en la iglesia propia, tales eran sus ocupaciones, que apenas les dejaban tiempo para el descanso necesario."

CAPITULO VI

VIDA APOSTÓLICA DEL R. P. EZEQUIEL.—EN EL
PÚLPITO.—EN EL CONFESONARIO

De su predicación nos dice cierto protestante convertido, hoy fervoroso católico: "Un día en que yo me hallaba en el templo de la Orden Tercera de esta ciudad (Bogotá) subió al púlpito un Religioso de la Orden Agustiniiana y predicó sobre no recuerdo qué tema, pero sí recuerdo que en su suave enumeración, su tierna unción, su porte apostólico y la convicción con que emitía las frases, que bien se notaba salían más del corazón que del entendimiento, me llenaron el alma de gozo, y recuerdo haber experimentado la sensación de haber oído predicar a un religioso Agustino, como, sin duda, predicaban los santos. Supe luego que era el R. P. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz. Más tarde le oí predicar de nuevo y sentí la misma impresión que la primera vez, y esto mismo parece que sucedía en la mayoría de sus oyentes. El se ganaba los corazones de los fieles en sus pláticas, y semejante al Profeta cuyo nom-

bre llevaba, infundía el espíritu en los corazones secos y áridos para vivificarlos en la llama del amor divino que abrasaba su corazón. Sólo el día del Juicio se sabrá cuántas almas deberán su dicha eterna a la pesca evangélica de los sermones del Ilmo. Sr. Moreno y Díaz.”

Puede juzgarse al P. Ezequiel como director de almas por el siguiente relato de una Superiora de Carmelitas Descalzas. “Su dirección era tan suave y dulce como enérgica y eficaz; pues, condescendiendo y acomodándose al parecer con la debilidad de la dirigida, con la mayor delicadeza y bondad, y con tino nada común ni ordinario, sino como una gracia concedida por Dios sólo a él, hacía que una se conociera y reconociera sus faltas e imperfecciones, pero sin dejarle sentir el menor desaliento ni desmayo, antes por el contrario, allí como que era donde más sobresalía y experimentaba una más esa gracia y fuerza divina que él comunicaba para que una cobrase ánimo y esfuerzo para abrazar todo sacrificio y desear toda virtud, y esto lo notaba yo, no sólo por lo que en mí experimentaba, sino también por lo que durante este tiempo pude advertir en las demás hermanas. ¡Qué útil, qué provechosa fué tan santa y sabia dirección a nuestra Comunidad! En fin, como que poseía gracia, esa gracia superior y extraordinaria que Dios, no a todos ni muy comúnmente concede, sino a uno entre mil, como dice san Francisco de Sales, con el cual bien puede compararse nuestro Ilmo. y Rmo. Sr. Fray

Ezequiel Moreno, ya como Prelado, ya como Director y santo.”

En Junio de 1890 llegó de España a Colombia la segunda Misión presidida por el P. Manuel Fernández de San José, compuesta de seis Religiosos. ¡De qué gozo tan grande quedó poseída el alma del P. Ezequiel, viendo que con aquella nueva falange de Misioneros, pocos en número, pero que valían por un ejército, podría acometer la acariciada empresa que luego afrontó, como veremos!

El Sr. Velasco, arzobispo de Bogotá y sucesor del Sr. Paúl, conocidas ya las dotes apostólicas de los nuevos Padres Candelarios, como llaman en Colombia a nuestros Recoletos, al practicar la santa Pastoral Visita, quiso que le acompañase el Padre Ezequiel; y no hay necesidad de decir lo muchísimo que en el púlpito y en el confesonario trabajó el incansable Padre Provincial.

CAPITULO VII

CASANARE.—IDA DEL R. P. EZEQUIEL A LOS LLANOS.—SE INTERNA EN VIAJE DE EXPLORACIÓN

La obra más saliente a que se dedicaron desde mediados del siglo XVII nuestros religiosos de Tierra Firme o de la Candelaria fué la de las famosas Misiones en Los Llanos de Casanare, territorio de Colombia muy extenso y poco poblado, donde tenían y tienen su morada los indios Sálivas, Guahivos, Yaruros, Achaguas, etc. El año 1654 entraron los Padres Candelarios en aquella selva, convirtieron bastantes infieles y fundaron algunos pueblos, manteniéndose estas Misiones, no siempre con vida próspera, hasta mediados del siglo XIX.

Cuando llegaron a Colombia los restauradores de la antigua y agonizante Provincia sólo quedaba grata memoria de aquella obra; mas quiso el Señor que recordase vivamente el P. Ezequiel lo que acerca de aquellas Misiones había leído en nuestras crónicas, y le inspiró la idea de restablecerlas. Era el 7 de Noviembre de 1890 cuando salió de la capital con dirección al convento del

Desierto para más consultar con Dios en el retiro la empresa que meditaba, y proponerla después al Ilmo. Sr. Pinilla, obispo de Tunja, a cuya jurisdicción pertenecía lo que había de ser campo de operaciones. El Sr. Obispo deseaba que nuestros Religiosos diesen en Tunja unos Ejercicios espirituales al Clero, trabajo que el P. Ezequiel aceptó gustoso y santamente interesado, pues veía propicia la ocasión para tratar de traer sus proyectos al terreno de la práctica.

En la biografía que del Ilmo. P. Ezequiel Moreno escribimos el año 1909 citamos largos párrafos de las hermosas cartas que entonces dirigió al P. Santiago Matute y que éste publicó en *El Congregante de San Luis* y reprodujo en los *Apuntes*. Los estrechos límites de un compendio sólo nos permiten hacer ligera mención de aquellas cartas y copiar alguno de sus puntos.

Escribió la primera en Tunja diciendo que en compañía del P. Ramón Miramón, y luego del P. Manuel Fernández, porque el P. Ramón enfermó de calenturas, había dado los santos Ejercicios a setenta y cinco sacerdotes, quedando todos muy complacidos y aprovechados. El Sr. Obispo, que también los había hecho a la cabeza de su clero, acogió entusiasmado la idea que el P. Ezequiel le indicó sobre las Misiones en Los Llanos de Casanare, para donde partió desde el mismo Tunja el Padre, llevando consigo a los PP. Manuel Fernández y Marcos Bartolomé, y un Hermano. Iban con ellos el Párroco de Labranzagrande,

donde fecha la segunda de sus cartas, y otro sacerdote joven. Pasaron por el pueblo de Tota, descansando un breve rato, que el P. Ezequiel aprovechó para predicar a aquellos fieles, y siguieron viaje a la importante ciudad de Sogamoso. "A la hora y media—dice el infatigable Padre—estaba yo en el púlpito, dando principio el 7 a un retiro que había de durar hasta el 21, domingo. La iglesia, aunque bastante capaz, se vió llena de gente, y en los días siguientes ya era pequeña para contener la multitud de fieles que acudía á los sermones.

"El fruto que se recogió fué copiosísimo, no bastando nueve sacerdotes que nos reunimos para oír a todos los que buscaban lavar las manchas de sus pecados en las saludables aguas de la Penitencia. Dimos fin al retiro con una fiesta al Sagrado Corazón de Jesús. Cuando nos disponíamos a marchar, nos fué en extremo dificultoso montar en los caballos, porque inmensa multitud de fieles nos rodeaba por todas partes, besándonos el hábito y llorando a grito vivo. No es posible describir esos cuadros verdaderamente conmovedores y tiernos: es seguro que proporcionaron un mal rato a los enemigos de nuestra Religión sacrosanta. Excuso decir que nuestras lágrimas se mezclaban con las de aquellos buenos fieles, y que nos alejamos de ellos suplicando al Señor los llenara de bendiciones y gracias. ¡Bendito retiro y bendito sea Dios, autor de todo bien!

"Mañana por la noche daremos principio a la santa Misión en este pueblo (Labranzagrande), y

cuando concluyamos iremos a Marroquín a dar otra, y después a Nunchia, Maní, Santa Elena y Orocué. Están todos estos pueblos de Los Llanos sin Cura, y aunque nuestro principal objeto al venir por aquí es visitar las tribus salvajes, hay que hacer lo que se pueda en esos pueblos, que llevan ya años sin sacerdote. Nos esperan privaciones, calor, cansancio, sufrimientos mil; pero todo se puede dar por bien empleado, en vista de las grandes necesidades espirituales que hay por aquí y de la mucha gloria que se puede dar a Dios Nuestro Señor.”

Va diciendo en las cartas sucesivas lo bien recibidos que fueron en todos aquellos puntos, la labor evangélica hecha en ellos y el copioso fruto recogido. En el pueblo de Elena se les presentaron cuatro indios, y “pasamos—escribe—unas horas con ellos, hablando mucho y entendiendo poco. Se marcharon, prometiendo volver con muchos más. En vista de algunas ventajas que presenta este punto en recursos y comunicaciones, he resuelto que los Padres se queden aquí, si es que no encuentro otro punto más ventajoso para nuestro intento.”

“El 28 (de Enero) llegamos — dice en carta del 4 de Febrero—a Orocué. No han cesado de venir indios Sálivas y Guahivos, han tomado ya confianza, y vienen contentos y alegres. Mañana salgo de este pueblo por tierra para la Trinidad, Pore, Moreno, Puerto de San Salvador y Cravo para saber lo que hay por los ríos de Casanare.”

CAPITULO VIII

REGRESO A BOGOTÁ.—VIAJE PENOSO.—EL R. P. EZEQUIEL COMO SUPERIOR

En efecto, dejando a los dos Padres y al Hermano en Orocué con encargo de atender al cuidado espiritual de aquel pueblo, de hacer salidas para administrar sacramentos y predicar en otros, y dedicarse preferentemente a la conversión de los indios Guahivos y Sálivas, procurando aprender el idioma de ellos, y que formasen pueblos, se vió precisado el P. Ezequiel a marchar a Bogotá, adonde le llamaba el desempeño de su cargo y el recabar del Gobierno protección oficial para las Misiones de Casanare, ya instaladas. En su viaje de regreso extendió todavía su exploración a otros puntos, ya por ver si convendría elegir alguno nuevo para centro de las Misiones, ya para hacer algún fruto en aquellas pobres almas de cristianos, que por falta de sacerdotes vivían como infieles. Es verdad que por el río Meta navegaban a veces los celosísimos Padres Jesuítas, pero no podían atender al socorro de tanta necesidad.

“Vacilé—dice a los Misioneros en carta que

escribía desde Tame el 22 de Febrero—sobre sí haría mi expedición por el Meta o por tierra; pero habiendo sabido que a orillas del Meta no hallaría gente, y en cambio encontraría por tierra muchos fieles necesitados de auxilios espirituales, determiné hacerla por tierra, aprovechando la ida a Pore de unos individuos que de aquellos pueblos habían ido a las fiestas de Orocué.”

“Me levanté muy temprano—sigue diciendo al P. Santiago— el día 5 para confesarme, porque después no tendría ocasión de hacerlo, y para celebrar. Me despedí llorando de mis buenos hermanos, y ellos llorando también. ¡Con qué gusto me hubiera quedado con ellos, si Dios Nuestro Señor no me quisiera tener ahora en otra parte! Me aparté de ellos ocultando en lo posible lo conmovido que estaba, y por el camino me acordaba de ellos, y seguía llorando, no por ir solo, sino porque los dejaba solos, y deseaba en gran manera haber seguido trabajando en su compañía y servirles de algo.”

“Recuerdo que en aquellos momentos, o más bien en todo aquel día, pedí por ellos con fervor extraordinario a Dios Nuestro Señor, a su Santísima Madre y a nuestra Beata Inés de Beniganín para que los cuidaran, fortalecieran e hicieran fructuosos sus trabajos.”

“Cerca de las tres llegamos a orillas del caño *Duya*, y allí paramos para hacer algo de comer. Mientras tanto, saqué mi cartera y apunté lo que voy escribiendo, y desahogué mi espíritu con estas

líneas que copio de mis apuntes. Siento que mi corazón desea volver a estas tierras para quedarme en ellas y entregar mi alma al Señor en el temido Casanare. ¡Se puede trabajar tanto por la gloria de Dios y bien de las almas! Cierto que hay que estar desprendido de todo y ser sólo de Dios para llevar la vida de Misionero de infieles; pero el Señor hará que de todo me desprenda; su gracia es poderosa. Me consuela hoy, más que otras veces, el escribir estas cosas. No puedo hoy hablar con mis hermanos, puedo decir que estoy solo, debajo de unos árboles, en estas inmensidades desiertas, y me distrae agradablemente el acordarme de mi Dios, hablar con El, pensar en sus cosas y en lo mucho que le debe agradar el que todo lo sacrifiquemos por El, y nos entreguemos a esta vida de privaciones de todo género. Además, ¡pasa tan pronto la vida! Y si desde estos Llanos voy al Cielo, ¿qué más necesito y qué más quiero?"

Con indecibles molestias llegó a Trinidad el 7, a Pore el 10, a Moreno el 12, al Puerto de San Salvador el 17 y el 21 a Tame. Confesando a sanos y enfermos, administrando viáticos y comuniones, bautizando, instruyendo y predicando pasó por aquellos pueblos, barrios y rancherías *haciendo bien*, a semejanza de Nuestro Divino Redentor.

Mes y medio había invertido en el viaje desde Tunja hasta Orocué, y dos meses de navegar y cabalgar le costó volver desde Orocué a Tunja,

cogiéndole en su regreso toda la Cuaresma de 1891. A pesar de su muy delicada salud y trabajo abrumador, no disponiendo de más alimentos que plátanos, carne de cecina y a veces algún huevo, observó rigurosamente el ayuno eclesiástico.

Llegó, por fin, al deseado Cravo el día 8 de Marzo, a las tres de la tarde. Es Cravo un pueblecito que pudiéramos llamar de avanzada en aquellos territorios, porque es el más internado entre los infieles. Allí permaneció el P. Ezequiel hasta el día 13. A la vuelta tuvo que acampar tres noches seguidas a la intemperie, se detuvo en el Puerto de San Salvador la Semana Santa para arreglar un asunto de conciencia que había dejado pendiente a la ida, y entró en Tunja el día 6 de Abril, siendo recibido por el Sr Obispo y por todos con el mayor cariño, no limitándose el Prelado a manifestaciones de efecto, sino dando dinero para atender en parte al sostenimiento de las Misiones y al pasaje de algunos Religiosos que de España habían de ir a Casanare.

Con cariño y extraordinaria simpatía fué también recibido el P. Ezequiel en Bogotá, admirando todos su heroico viaje y el haber principiado a realizar proyectos tan útiles para los intereses religiosos y patrios. El Sr. Arzobispo y el Clero ensalzaron la caritativa empresa; el Gobierno de la nación la acogió con marcada benevolencia, y facilitó al efecto los recursos que permitían otras atenciones del Estado, y desde luego se captaron universales respetos los Padres Candelarios.

Eso obligó más y más al P. Ezequiel a mirar las Misiones de Casanare como la vida misma de la Congregación religiosa de que era Superior. Su pensamiento, su amor, sus desvelos, sus prestigios, todo lo consagró a la existencia y crecimiento de una obra que estimaba tan del agrado de Dios.

Volvió el P. Ezequiel a Bogotá el 24 de Abril de 1891, y se vió circundado de aureola y admiración que no buscaba. Cada día era mayor el número de los que rodeaban su confesonario, acudían a sus sermones y solicitaban su dirección espiritual. Desde la más humilde sirvienta hasta la más encopetada señora, desde el pobre portero hasta el Presidente de la República, todos le escuchaban como a Padre.

La buena fama de los Padres Candelarios españoles voló por todos los departamentos de Colombia, y ya a 7 de Octubre de 1891 decía el P. Ezequiel en una de sus cartas: "Ahora nos invitan a ir a Cartagena (de Indias) a tomar posesión del convento que allí tenemos y de la iglesia de Nuestra Señora de la Popa. El presidente de la República Dr. Núñez cede todo, y el señor Obispo nos desea. ¡Lástima que no haya más frailes, porque podíamos ya decir que la Provincia estaba formada de nuevo!"

Atendía el P. Ezequiel con creciente solicitud y fervor al desempeño de su cargo, al de la predicación y confesonario, a dirigir espiritualmente, de palabra y por escrito, muchas almas devotas, a responder a muchísimas y delicadas consuí-

tas que se le hacían, a visitar y consolar a los enfermos y a la organización de las Misiones de Casanare, que eran su objeto preferente, y adonde anhelaba ir de simple obrero, pidiéndolo así una y otra vez a los superiores. Habían transcurrido poco más de dos años desde que el P. Moreno entró en Los Llanos con sus tres compañeros, los cuales trabajaron arduosamente en escribir la Gramática y el Diccionario guahivo, siendo esta ardua labor y la de catequizar e insistir en tan penosas faenas medios para el logro de sus dos principales fines, la conquista espiritual de aquellos infieles y el renovar las costumbres de aquellos pobres cristianos que por falta de sacerdotes estaban ya muy cerca de la infidelidad. A mediados de 1893 eran en Casanare seis Religiosos, y un año más tarde tenía Vicario Apostólico y once Misioneros.

Pongamos fin a esta primera parte con el retrato moral que del P. Ezequiel, como superior, resulta de la siguiente relación de uno de sus súbditos:

“Ha sido muy frecuente en nuestra Casa de Bogotá ser llamados nuestros Religiosos en las altas horas de la noche para confesar y asistir a los enfermos. Una de estas noches, a las doce, golpeaban en la puerta. El P. Moreno, que vivía encima de la portería, se levantó e inmediatamente se puso a la orden de los que llamaban. Satisfecha esa necesidad volvió a casa, y he aquí que tres mujercitas, con repetidos golpes en la puerta, soli-

citaban también un Padre. Al llegar el P. Moreno y saber lo que pedían, partió con ellas a un punto bastante lejano de nuestra Residencia. Regresa segunda vez, y halla otras personas que demandaban un Padre para que asistiese a un moribundo. Fatigado el P. Moreno, dícelas que esperen un momento, que inmediatamente tendrían un sacerdote a sus órdenes. Subió, y al momento bajó yendo con ellas a desempeñar esa grande obra de caridad.”

“Al día siguiente, amaneció, como era natural, con un aspecto enfermizo, de tal manera que al ir a confesar a una enferma de una casa amiga, viéndolo descolorido y demacrado le preguntaron con interés si estaba enfermo o qué le pasaba. Contestó que estaba bien, que solamente se sentía algo cansado por haberse trasnochado (1), y les refirió lo que había sucedido. Al hacer la familia la observación muy justa de que por qué no llamaba al que suscribe, o al P. Gregorio, que éramos jóvenes, les respondió... *¡Pobrecitos hijos míos, trabajan todo el día...! Subí en la tercera confesión a llamar a alguno de ellos, entré en sus cuartos... y los vi tan tranquilos... parecían unos ángeles.* Esto me lo dijeron a mí más tarde, y me confirmé en la persuasión de que tenía un Padre y vivía con un Religioso que era todo caridad. —FR. ANGEL VICENTE.”

Resumiendo lo escrito hasta aquí acerca de la

(1) Modismo de Colombia.

vida del P. Ezequiel, decimos que llamado por el Señor desde muy niño a vida religiosa, después de haber sido buen hijo, hermano cariñoso, ángel en el ministerio de sacristancito de las Monjas Dominicas, y aplicado estudiante, atraído por la Santísima Virgen, entró en el Claustro Agustiniiano, sobresalió en Monteagudo y Marci-lla como fervoroso novicio y ejemplar corista. Celoso Misionero, Párroco y predicador en Filipinas; modelo de Rectores en España y de Provinciales en Colombia, fué siempre el R. P. fray Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario *un perfecto Religioso*.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

EL R. P. EZEQUIEL ES CONSAGRADO OBISPO.—VICARIATO APOSTÓLICO DE CASANARE.—PRIMERA CARTA PASTORAL.—ENTRADA EN TÁMARA.

Hallábase hacía unos dos años en Colombia el P. Ezequiel, y ya se había como identificado con aquel país, y estaba dispuesto a consumir todas sus energías y a dar su vida en favor de Colombia; pero, de todos modos, no había nacido allí, y es aquella una nación donde no escasea el personal del Clero que por sus virtudes, talento e instrucción sea digno del Episcopado. Todo esto realza el mérito del Agustino Recoleta, que, sin pretensiones de ningún género, sin más ambición que la de morir olvidado del mundo en Los Llanos de Casanare, adquirió tal fama de santo y de sabio, que muy pronto se pensó en él para elevarlo a la Sede Episcopal de Santa Marta.

No fué nombrado Obispo de aquella diócesis porque pareció al Gobierno, al Delegado de Su Santidad y a las personas más respetables del país que si las Misiones de Casanare habían de prosperar, era necesario la creación de un Vicariato Apostólico, jurisdicción propia y separada del Ordinario de Tunja, a quien pertenecía el territorio de Los Llanos; y todos se fijaron en el P. Ezequiel para que, investido de la dignidad episcopal, desempeñase aquel cargo, creyendo acertada y hasta naturalísima la elección; pero no lo estimaba así el P. Moreno, cuyo desideratum era ir a Casanare, mas solamente con el carácter de simple obrero, y proponía para el Vicariato al P. Cayetano Fernández o al P. Nicolás Casas.

Tan lejos estaba de apetecer el Obispado, que en 13 de Marzo de 1893 escribía al Rmo. Padre Comisario Apostólico lo siguiente: "Vuestra Reverencia me ha dicho que me deje guiar por la Providencia, que prepare los hombros para cargar con la cruz, y frases parecidas; pero yo necesito más para cargar con esa cruz, que deseo huír, a no ser que vea muy claro que ésa es la voluntad de Dios; necesito que Vuestra Reverencia me diga terminantemente que quiere que lo sea; más aún, necesito que me lo mande, porque así, y sólo así, pudiera yo abrazar esa cruz, que si para todos es pesada, para mí tiene que ser más por mi especial conciencia, que no goza de esa libertad santa de que gozan otros, sino que más bien se encuentra en frecuentes apuros, prin-

cialmente en todo lo que se relaciona con la salvación eterna de las almas.”

A esto contestaba el Superior en carta de principios de Julio: “En este momento recibo carta del P. Procurador en Roma con la nueva de ser Vuestra Reverencia presentado para Vicario Apostólico, dignidad que, con el auxilio del Cielo, aceptará resignado, y *yo se lo mando con toda la fuerza y autoridad que puedo mandar.*”

Convencido de que era la voluntad de Dios, hizo ya el firmísimo propósito *de ser Obispo como debía serlo*; y desconfiando humildemente de sí mismo, buscó un protector divino en el Sagrado Corazón de Jesús, al que, lleno de profunda fe, de plenísima confianza y de ardiente caridad, dijo con el Real Profeta: *Tu es refugium meum*: “Tú eres mi refugio”; y ese fué el escudo y blasón que eligió para la empresa de su episcopado.

Aún transcurrieron bastantes meses hasta que pudo verificarse la consagración del Ilmo. señor Moreno, que tuvo lugar el 1.º de Mayo de 1894, siendo consagrante el Ilmo. Sr. Herrera, arzobispo de Bogotá, y padrinos los Excmos. vicepresidente de la República Sr. Caro y el delegado apostólico monseñor Sabatucci. La catedral de Santa Fe rebosaba de fieles, entre ellos muchas señoras cuyas conciencias dirigía el consagrado, y que lloraban de alegría y sentimiento, mientras aquel perfecto Religioso se transformaba en más autorizado y verdadero apóstol de Jesús, *Obispo*

divino de nuestras almas (1). Basado en el *Todo por Dios y para Dios*, repetido por su espíritu en el templo, dijo después, en el convite con que le obsequió el Excmo. Sr. Vicejefe del Estado: *Todo por Colombia y para Colombia*. Dios y Colombia formaron como el alma y el cuerpo de su personalidad episcopal.

En el mismo día de su consagración fechó el Ilmo. Sr. Moreno su primera Carta Pastoral dirigida a sus nuevos hijos los casanareños. Con sencillez de estilo, hondo saber y amor de padre explica "cómo es Jesús *Luz del mundo, Camino, Verdad y Vida*"; hace alguna indicación de lo que fué Casanare con Jesús cuando las Misiones estaban en su esplendor y el abatimiento religioso, moral y de cultura a que descendió alejado de Jesús; habla de la resurrección de aquel territorio, merced a la gracia de Dios, a las católicas leyes del Gobierno y a la predicación de los nuevos Misioneros. Y diciendo luego a qué va a Casanare, escribe:

"Lo que allí nos espera, perfectamente lo sabemos; tenemos experiencia de ello: sabemos que, además de los sufrimientos morales propios de nuestro cargo, hemos de pasar muchos días recorriendo vuestro ardiente suelo, sin más comida que la que puede tener un pobre indio, y aun a veces sin ella por accidentes que nunca faltan; y pasar muchas noches sin más cama que las pla-

(1) Carta I de San Pedro, cap. II, v. 25.

yas de vuestros ríos, cercana, ¡cuántas veces!, a la que dejó el voraz caimán... y sin más cubierta que las nubes del firmamento, que con frecuencia se deshacen en copiosa lluvia, que, sobre mortificar no poco, predispone a fatales fiebres, que debilitan la salud más robusta, si no acaban con ella. Esto es lo que nos aguarda: pobreza, escasez, privaciones, trabajos, sacrificios, cruz, y cruz larga y pesada. Sólo vamos, pues, a sufrir y padecer por la salvación de vuestras almas. ¡La salvación de vuestras almas! Tal es, hijos míos, el fin que ahí nos lleva, el móvil que nos impulsa a la ardua empresa que sobre nosotros tomamos.”

Al fines de Junio hizo su humilde entrada en Támara, humildísima capital del Vicariato, y fue su primer acto público la solemne consagración de Casanare al Sacratísimo Corazón de Jesús, e instituyó una Asociación, dándole un Reglamento muy bien pensado y escrito.

Hermosa manifestación de su ardiente celo episcopal es también el documento que en forma de catecismo dió a sus hijos con el título de *Instrucciones a los fieles de Casanare para ayudar a conseguir la salvación eterna a los que se hallan en extrema necesidad espiritual.*

CAPITULO II

VIDA DEL ILMO. P. EZEQUIEL EN CASANARE.— VISITA PASTORAL

Admirable fué la conducta observada por el P. Ezequiel hasta el día de su consagración episcopal, y con todo, hemos oído decir a varios de los Religiosos que le acompañaban antes y le acompañaron después: Desde que nuestro Padre llevó pectoral y anillo, únicos distintivos de su dignidad fuera de las funciones públicas, parecía transformado; si antes era muy bueno, era luego un verdadero santo.”

Veámosle ya en el Vicariato, dando pruebas de su ilustrado y fervoroso espíritu. Presentamos al efecto como testigo al más íntimo y constante de sus familiares, al que, sólo con una breve interrupción, fué su compañero desde los principios de su episcopado en Casanare hasta que en Monteagudo exhaló el último suspiro. Nos referimos al P. fray Alberto Fernández de la Virgen de Davalillo, de cuyas *Notas* tomaremos no pocos datos.

Describe las ocupaciones del Ilmo. P. Ezequiel en Casanare diciendo: “Era su vida ordinaria le-

vantarse a las cuatro o cuatro y media de la mañana, preparábase desde esa hora hasta minutos antes de las seis, en que celebraba todos los días la santa Misa; oía una de las que celebrábamos nosotros, y se sentaba luego en el confesonario, donde casi nunca le faltaban penitentes. Volvía a la casa, que era más bien un *rancho* de indios, y en su pobre habitación permanecía hasta las once, hora de comer. Terminada la muy modesta comida, estábamos un rato de sobremesa. Tratando de amenizar la conversación y hacernos pasar un rato agradable, nos contaba algún cuento con la gracia que le era peculiar. Se iba a su cuarto, reanudando el trabajo hasta las tres de la tarde, en que salía todos los días para visitar al Santísimo, estándose con Jesús Sacramentado una hora o poco menos, y yendo otra vez a las cinco y media con todos nosotros para hacer otra visita, rezar el Rosario y tener la oración mental. Vueltos a casa, cenábamos a las ocho, retirándonos luego a nuestras habitaciones.

”Predicaba todos los domingos y días festivos; salía a confesar enfermos y administrarles la Extremaunción en los campos, sin excusarse de ir a pueblos que distaban de Támara seis y siete leguas a caballo.”

Refiere luego el P. Alberto muy detalladamente la penosísima Visita Pastoral girada por el señor Obispo al Vicariato en compañía del dicho Padre, recorriendo los pueblos de Ten, Sácama, Nunchia, Marroquín, Pajarito y otros. En el de Chameza

fechó la segunda Carta Pastoral, cuyo tema es *La salvación de las almas*. ¿Quién estaba en mejores condiciones para tratar asunto de tan suma importancia? A salvar las almas dedicaba sus desvelos y afanes; ese era su pensamiento continuo y el objeto de todas sus ambiciones y de todos sus amores. Por eso su pluma, como su lengua, al hablar y escribir de tal asunto, corrían velozmente, como el Real Profeta nos dice de sí mismo al cantar las divinas alabanzas. (1)

Con la energía de su celo quisiera detener a sus queridos hijos y a la humanidad entera en la vertiginosa marcha por el campo de los negocios, honores y placeres, para que se fijasen en lo que más les interesa: en las verdades eternas, en la salvación o condenación del alma.

Llegaron Obispo y familiar al pueblo de Santa Elena, abriendo en seguida la Santa Visita; mas supieron en seguida que había estallado en el mismo Casanare una revolución, y que no tardarían los sublevados en llegar a Santa Elena; por eso, y acordándose de los Misioneros que había dejado en Támara, dispuso el Ilmo. P. Ezequiel marchar a la capital del Vicariato. Por caminos extraviados y sufriendo hambre, sed, cansancio y todo género de molestias se encontraron en Nunchia, que ya estaba ocupada por los revolucionarios.

“Al momento—escribe el P. Alberto—se presen-

(1) Salmo 44, v. 2.

tó en la Casa-curato, donde habíamos entrado, un oficial. Sin saludarnos ni descubrirse se dirigió al P. Ezequiel diciéndole con tono despectivo: "De orden del jefe de la plaza, a ver el salvoconducto o pasaporte." El P. Ezequiel contestó sin alterarse: "Yo no tengo otro pasaporte que mi anillo y mi pectoral; soy el Obispo de Casanare y estoy en mi territorio." "Eso no basta—dijo el oficial." "Pues vaya usted—replicó el Padre—y dígame al jefe de la plaza que ni tengo ni quiero otro." Negó el jefe que hubiese dado al oficial tal orden, y nos dejó que siguiéramos nuestro viaje a Támara."

CAPITULO III

PRESENTACIÓN PARA OBISPO DE PASTO.— ENTRADA
EN LA DIÓCESIS.—EL ILMO. SR. SCHUMACHER

Viendo el Delegado de Su Santidad y el Gobierno de la Nación cómo el P. Ezequiel había organizado el Vicariato de Casanare de modo que ya más fácilmente podría desempeñar el cargo otro Religioso, queriendo premiar los trabajos del laboriosísimo Vicario, cuya ilustración y celo merecían brillar en punto más elevado, determinaron que ocupase la Sede episcopal de Pasto. Con harto dolor de su alma tuvo el humilde Padre que aceptar la elevación. Cuánta fuese su pena al dejar aquellas queridas Misiones nos lo dice él mismo con delicado sentimiento escribiendo al principio de su primera Carta, saludo a los fieles de Pasto.

“Cuando fuimos—dice—a Casanare a ejercer nuestro ministerio como Vicario Apostólico de aquel territorio, no pudimos imaginarnos siquiera que nos habríamos de ver precisados a salir de él aun antes de cumplir dos años, pues fuimos en la firme persuasión de permanecer en aquella región hasta la muerte, y en la creencia absoluta de que desde pobre habitación, o desde las playas de sus ríos, o la espesura de sus bosques

íbamos a pasar a la eternidad y presentarnos al Eterno Juez así como escudados con la vida humilde que teníamos que llevar.”

“Tenemos que decir con ingenuidad que esa idea de pasar a la otra vida después de unos años de pobreza, de privaciones y sufrimientos, no dejaba de halagarnos en nuestros ratos de meditación sobre nuestro porvenir eterno; por lo mismo, al recibir la noticia de nuestro traslado, nos ocurrió al momento esta pregunta: ¿Nos habremos hecho indigno de sufrir por Dios Nuestro Señor? Indigno somos, en efecto, de tal dicha; pero no sabemos si habrá sido ese el motivo que haya movido al Señor a permitir nuestro traslado.”

Pronto veremos que el Señor quiso su traslación, no porque en el Vicariato se hiciese indigno de padecer, sino porque se había hecho digno de sufrir mayores trabajos, humillaciones, desprecios y dolores *por el nombre de Jesús*, por el amor de Dios. En Casanare, noviciado, digámoslo así, de su ministerio episcopal, sufrió privaciones materiales; en la nueva diócesis le aguardaban padecimientos mucho más sensibles, aunque no los causarían sus hijos, pues la casi totalidad le recibieron como a buen Pastor, y siempre le respetaron y amaron como a padre.

El día 10 de Junio de 1896 hizo su entrada en Pasto el Ilmo. D. Fr. Ezequiel Moreno. “Ya en la santa Catedral—escribe su inseparable compañero el P. Alberto—se entonó solemne *Te Deum*, y terminado, dirigió el Prelado la pala-

bra a los fieles. Después de un saludo tan cortés como efusivo y cariñoso, habló el Ilmo. Sr. Moreno sobre la necesidad de creer y la de amar, esto es, sobre la verdad y la caridad divinas. Con palabra fácil, elocuente y mesurada disertó sobre tan hermoso tema; y al terminar, su voz sonora y suave, que llenaba los ámbitos del templo, se enterneció hasta derramar lágrimas y hacerlas verter a los que atentos le escuchaban."

En la Carta Pastoral, cuyo principio hemos copiado ya, anima el nuevo Prelado a permanecer firmes en la fe y estar siempre vigilantes contra todo género de seducciones. *Voz de aliento y voz de alarma* es la síntesis de la Pastoral, hablando en la primera parte de la fe católica, que ilustra la razón humana, destruye los vicios, mejora las costumbres e influye saludablemente en la sociedad, y lamenta en la segunda la satánica labor de los hombres, infatuados con una vana ilustración, emisario del ángel del *Non serviam*, que prometen dicha y ventura a los pueblos a condición de abandonar las creencias católicas y de adorar los ídolos de la razón y libertad humanas.

Confina la diócesis de Pasto con el mar Pacífico y con las Repúblicas del Brasil y del Ecuador. Desde la muerte del inolvidable mártir García Moreno vino el Ecuador a ser como feudo del masonismo. Del Ecuador iban a Colombia furibundos artículos de una prensa procaçísima y trabajos de constante zapa contra la Religión católica. El paso obligado de esas corrientes anárquicas

e impías era el territorio contiguo, el que corresponde a la diócesis de Pasto.

Había dado, como hemos visto, el Ilmo. Sr. Moreno la voz de alerta al llegar a su diócesis; dos meses después repitió la misma voz, porque ya el enemigo, disfrazado de periódico, y partiendo de Quito y de Tulcán, ciudades ecuatorianas, penetraba en jurisdicción del vigilante Pastor. Eran aquellos periódicos *El Soyri* y *El Carchi*, plagados de errores y llenos de groseras calumnias contra venerables y dignos Ministros del Señor. “Se oyen—dice el P. Ezequiel en Pastoral de 12 de Agosto de 1896—, se oyen de cerca los rugidos de la bestia feroz y sanguinaria que trata de devorar las ovejas de nuestro rebaño, y no podemos ser perro mudo en presencia de ese gran peligro, ni hacernos culpable de los estragos que cause.”

Insultaban aquellos periódicos al Ilmo. Sr. don Pedro Schumacher y Niessen, de la Congregación de San Vicente de Paúl, violenta y sacrílegamente expulsado de su Sede, que era la de Portoviejo, y que había tenido que refugiarse en el pueblo de Samaniego, del Obispado de Pasto. Allí estaba cuando el Sr. Moreno tomó posesión de la diócesis. Era el Sr. Schumacher un varón apostólico, un santo, y santo y varón apostólico era el señor Moreno. Las almas de ambos Prelados se unieron con los estrechos lazos de la fraternidad episcopal y con idéntico celo por la verdad católica.

Al dedicar el de Portoviejo al de Pasto su li-

brito *El liberalismo confundido con sus propias doctrinas*, le dice: "Los que no saben cuánto vale la pureza de la fe cristiana, los que no comprenden el precio de las almas redimidas, han querido desacreditar vuestra firmeza apostólica con el nombre de *intransigencia*. Sí; ¡santa intransigencia! Con ella habéis imitado a vuestro ilustre Padre y modelo en el episcopado, al Obispo San Agustín, cuya intransigencia alaba y recomienda la Iglesia en estos términos: *A los herejes atacó sin darles tregua, de viva voz y por escrito; no les toleró en ningún lugar, y así libró a una gran parte del Africa del error de los maniqueos, de los donatistas, de los pelagianos y otros herejes.*" (Breviario Romano.)

Santamente ocupado permaneció el Sr. Schumacher en Samaniego, hasta que por asistir con caridad heroica a los atacados de epidemia, contrajo la enfermedad que en muy pocos días le llevó al sepulcro. Falleció con la preciosa muerte de los justos en 15 de Junio de 1902.

Profundo sentimiento causó al Ilmo. P. Ezequiel la muerte de aquel siervo de Dios, varón apostólico y Obispo mártir. En la Catedral de Pasto se hicieron al finado solemnes honras, predicando el Sr. Moreno la oración fúnebre, probando admirablemente esta proposición: *Las virtudes pastorales del Ilmo. Sr. D. Pedro Schumacher, y en especial su fortaleza en defender la integridad de la fe, hicieron de él un Obispo tal como los necesita la Iglesia en estos tiempos.*

CAPITULO IV

SANTA VISITA PASTORAL.—VUELTA A PASTO.—

CARTAS PASTORALES.—FOLLETO

Por tercera vez dió el vigilante Pastor la voz de alerta, y ya de alarma al ver dentro del rebaño al lobo, tanto más temible cuanto que se presentaba con piel de oveja. Tratábase de una *hoja editada en Pasto* con el suave título de *Voz Evangélica*, que realmente era como la califica el Sr. Moreno, *Voz protestante*; o simplemente *Voz liberal*, que quiere decir *Voz de rebelión*. "Aquello motivó su tercera Carta Pastoral, en la que refuta el error de que el liberalismo condenado por los Papas y los Obispos es el liberalismo de Europa, y no el que se proclama y defiende en América." Prohíbe, además, a los fieles que lean la referida *Voz Evangélica*, por ser errónea y perjudicial a las almas.

Cumpliendo este deber abrió su primer Visita Pastoral de la diócesis a fines de Agosto de 1896, dando principio por la dilatada costa del Pacífico, llevando consigo como Misioneros a los RR. padres Capuchinos Gaspar de Cebrones y Angel Aviñonet. Este describe en sus *Apuntes* aquella excursión apostólica, y dice: "El método de vida durante

la Visita era: 1.º Celebraba el Sr. Obispo todos los días la santa Misa a las seis de la mañana (levantándonos ordinariamente a las cuatro o cuatro y media), mientras yo, por mandato del mismo Prelado, hacía una plática doctrinal al pueblo, tal como se acostumbra en las Misiones. 2.º En acción de gracias solía oír la Misa que el que suscribe celebraba, y hubo día que, no habiendo quien me ayudase, él mismo lo hacía hasta que llegaba el sacristán. 3.º Después de haber tomado un corto desayuno, consistente en una taza de café, se sentaba el Sr. Obispo en el confesonario, al igual de los demás sacerdotes, hasta las diez, en que salíamos para rezar Horas y almorzar. 4.º Tras un breve descanso, que no duraba más que un cuarto de hora, admitía en audiencia a toda clase de personas para el arreglo de sus asuntos espirituales. 5.º A las doce en punto se hacía clamor a los fieles para la administración del Sacramento de la Confirmación, a la que debían presentarse todos con su respectiva boleta de nombre, apellido, padres y padrino o madrina, y previa confesión de los adultos. 6.º A la tarde continuaba el Prelado el arreglo de los asuntos de los diocesanos, y, si sobraba tiempo después del rezo del Breviario, volvíamos a confesar hasta las cinco, hora de la merienda. 7.º Acabada ésta, iba a preparar el sermón para la distribución de la noche, que consistía en el rezo del santo Rosario y luego el sermón, predicado siempre por el mismo Sr. Obispo. 8.º Su predicación era sencilla, pero noble, clara y llena de fervor

de espíritu, anunciando a todos, como manda la Iglesia, las virtudes y vicios, la pena y la gloria con admirable facilidad. 9.º Terminado el sermón, en vez de retirarse a descansar, se sentaba de ordinario en el presbiterio a oír las confesiones de los hombres, hasta las diez y media o las once.”

“No hubo—añade el P. Aviñonet—caserío alguno en toda la costa del Pacífico que perteneciese a su diócesis y que el Prelado no visitara, exhortando a todos a permanecer firmes en la fe y en el servicio de Dios.”

Volvió el Ilmo. P. Ezequiel de la Santa Visita a la capital de la diócesis, después de haberse detenido unos días en la Casa-convento de los Capuchinos de Túquerres, más que para reponer su quebrantada salud y descansar, que le era muy necesario, para enterarse y contestar a la mucha correspondencia que allí le esperaba, pues el ilustrísimo Sr. Moreno solía ser, a la vez que Obispo, provisor, secretario y escribiente, no porque no tuviera personas de competencia a quienes poder confiar esos cargos, sino porque a ello le impulsaba su laboriosidad, y porque nunca quiso mandar a otro lo que él mismo pudiese hacer.

Fecha da en 12 de Febrero de 1897 dió la Pastoral de Cuaresma, proponiendo con su acostumbrada claridad y desarrollando con el método, lógica y oportuna y sana doctrina con que lo hacía siempre, este sencillo, pero importantísimo asunto: *Principales medios que deben ponerse en práctica para no perder el precioso don de la fe.* Resume estos

medios: 1.º, en una humilde obediencia a nuestra Santa Madre la Iglesia; 2.º, una vida verdaderamente cristiana; 3.º, huír en lo posible de toda comunicación con los que profesan doctrinas contrarias al Catolicismo, y 4.º, valor cristiano para confesar la fe.

Muy poco después, en Mayo de 1897, cometiése en Riobamba, ciudad episcopal del Ecuador, un horrendo sacrilegio, que escandalizó a todos los buenos cristianos de América y del mundo. El amor a Jesús sacramentado era la vida del ilustrísimo Sr. Moreno, quien, lleno de indignación santa, escribió una *Pastoral dirigida al venerable Clero y fieles de su diócesis, disponiendo funciones de desagravio al Santísimo Sacramento, profanado y vilmente ultrajado en Riobamba.*

Ayes lastimeros exhaló aquella alma enamorada de Jesús. “¿Por qué callar—dice—cuando, no satisfechos los enemigos de Jesucristo con haber profanado el templo y hecho pedazos las imágenes de los Santos y de Nuestra Señora, rompieron el Sagrario, y con frenética ira y con fiereza espantosa estrujaron entre sus manos el divino Sacramento, arrojaron al fuego y pisotearon las Sagradas Formas, las comieron con infernal osadía y bebieron después aguardiente en los vasos sagrados? ¡Gran Dios! ¿Dónde está tu poder, aquel poder que lleva el espanto a los abismos y encadena las tempestades? ¿Dónde aquella voz que derrite los collados que parecían eternos y derriba los seculares cedros? ¡Ah! Es más admirable

vuestra paciencia que horrible la malicia del hombre; pero eres ¡oh, Dios mío! eres paciente porque eres eterno: no haces más que esperar un poco.”

Otra espina se había clavado en el corazón del Ilmo. P. Ezequiel al salir a luz en Bogotá un artículo de gran resonancia, titulado *Puente sobre el abismo*, cuyo objeto era conciliar el liberalismo con el Catolicismo, proclamando la más amplia y absoluta libertad de conciencia.

Entusiamó semejante artículo a no pocos católicos, entre ellos a un sacerdote, que dirigió calurosa felicitación al autor del artículo en carta a que dió forma de folleto con título *Los Intransigentes*. Circulaba profusamente por todos los pueblos del Obispado de Pasto aquel folleto, y con el fin de borrar del entendimiento y de los corazones de sus anidados diocesanos la impresión que pudiera causarles la citada carta, escribió el Ilmo. Sr. Moreno un opúsculo titulado O CON JESUCRISTO O CONTRA JESUCRISTO, O CATOLICISMO O LIBERALISMO. Termina aquel opúsculo, al que daba carácter doctrinal, con estas caritativas palabras: “Esperamos que el autor de la carta recibirá con buena voluntad cuanto llevamos dicho, porque, por una parte, dice *que sujeta humildemente su escrito al juicio del Episcopado colombiano*, y por otra, debe suponer que hemos escrito, no contra él, sino contra los errores de su carta.”

La humilde actitud del sacerdote era a todas luces sincera, pues, llevado el asunto a Roma, se sometió laudablemente.

CAPITULO V

VISITA "AD LIMINA".—VIAJE A ROMA.—COLEGIO DE TULCÁN.—VENIDA A ESPAÑA.—REGRESO A PASTO.

El 2 de Julio de 1898 publicó el Ilmo. Sr. Moreno una Pastoral, en la que dice a los fieles: "Todos los Obispos católicos están en el deber de ir a Roma de tiempo en tiempo para hacer lo que se llama la *Visita ad limina Apostolorum*, o sea la *Visita a los sepulcros de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo*. Los Obispos de América deben hacer esta Visita de diez en diez años. El último decenario terminó el año 95; y no habiéndose hecho la visita correspondiente a ese decenio, y habiendo Nós consultado a Roma si estábamos obligados a hacerlo, porque ya había terminado el decenario cuando llegamos a esta diócesis, nos contestaron que sí, y que nos prorrogaban el tiempo hasta este año. Estamos, pues, en el deber de ir a Roma en este año, y tenemos que cumplirlo."

Llevábale a la Ciudad Santa otro asunto. Renovando una disposición de su dignísimo antecesor en el Obispado, dió el Rmo. P. Ezequiel una

circular fechada en Túquerres, y dirigida a los señores Párrocos de la diócesis, para que hicieran saber a los padres de familia que no debían llevar sus hijos al Colegio Bolívar de la ciudad de Tulcán (Ecuador), regido por un profesor que estuvo antes al frente de otro Colegio en Ipiales, correspondiente a la jurisdicción eclesiástica de Pasto. No se hizo caso de esa circular y el señor Obispo la reiteró, imponiendo pena de excomunión a los padres que continuaran despreciando la autoridad del Prelado.

De este profesor que huyendo de los Tribunales eclesiástico y civil pasó de Colombia al Ecuador, algunos daban buenos informes, otros los daban malísimos. Solicitó del Gobierno ecuatoriano la dirección del Colegio Bolívar, sin que el Diocesano, que, como hemos dicho, era el de Ibarra, se opusiera, creyendo que el Director se habría arrepentido. Tomó aquel Prelado la actitud del de Pasto como una intromisión, y la denunció como tal a Roma. Se dijo que la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares había resuelto el asunto a favor del de Ibarra, y los liberales de todos matices en ambas Repúblicas batieron palmas y celebraron la derrota del Ilmo. P. Ezequiel, a quien odiaban como a martillo del liberalismo.

Llegó el Sr. Moreno a Roma el 29 de Agosto, cumplió con el deber de la Visita, y obtuvo una audiencia especial de Su Santidad el Papa León XIII, con quien habló largamente en latín. Respetuosa y decididamente expuso al Soberano

Pontífice que tal vez convendría para el bien de la Iglesia pastopolitana la resignación del Obispado. El Padre Santo le dijo que no convenía eso, sino volver a su diócesis. No pensaba entonces el P. Ezequiel decir nada al Papa acerca de lo del Colegio de Tulcán; pero el mismo León XIII le habló del asunto, escuchó las explicaciones del Sr. Moreno, estimándolas tanto, que dispuso se *reconsiderase* o revisase el Decreto que ya había dado la Congregación.

Como los meses de Septiembre y Octubre eran de vacaciones en la Curia Romana, y no podía revisarse lo dispuesto acerca del Colegio Bolívar, aprovechó el Sr. Obispo aquel tiempo para venir a España y cumplir con deberes de familia y amistad. Estuvo en Madrid, Sigüenza, Alfaro y los Colegios de Marcilla y Monteagudo, siendo recibido en todas partes con cariño y veneración.

Volvió a Roma a principios de Noviembre, pero aún pasaron tres meses hasta que el asunto enojoso de Tulcán quedó definitivamente resuelto. En vista de las nuevas informaciones documentadas que el Sr. Obispo de Pasto presentó a la Sagrada Congregación, decretó ésta que el Prelado pastopolitano estaba en perfectísimo derecho de mantener la prohibición de su predecesor, de confirmarla y de recordarla oportunamente a los padres de familia de su diócesis. Determinó, además, que el Director del Colegio de Tulcán o fuese removido de su cargo, o diese al Obispo

de Pasto las satisfacciones que en virtud de su oficio pastoral justamente exigía.

La intención del Ilmo. P. Ezequiel era regresar lo antes posible y por la vía más breve a su amada diócesis; pero se vió precisado a regresar a España, ya para asistir a su hermano, el P. Eustaquio, que venía de Filipinas gravísimamente enfermo, ya, principalmente, para ver de realizar sus deseos respecto de llevar sacerdotes de alguna Orden religiosa que administrasen los pueblos de la costa del Pacífico en su Obispado.

A mediados de Mayo llegó a su querida y anhelada ciudad de Pasto. Las glorias o humillaciones del padre son glorias o humillaciones para los buenos hijos, y la aureola de que ahora venía circundado el Ilmo. Sr. Moreno reflejaba esplendorosamente en todos y cada uno de sus fieles hijos. Por eso el ansiado día de la vuelta de tan amado Pastor fué de gala y general contento en aquella ciudad, la cual dispuso y llevó a efecto un grandioso programa de recepción, en que tomaron parte todas las clases sociales.

CAPITULO VI

GUERRA DE TRES AÑOS EN COLOMBIA.—GESTIONES DEL SR. MORENO EN FAVOR DEL ORDEN

El espíritu de nuestro Ilmo. Sr. Moreno parecía haber entrado todo en los sacratísimos Corazones de Jesús y de María. Meditaba y quería realizar sus anhelos y extensos proyectos de construir varias iglesias; una, dedicada a Nuestra Señora de las Lajas, imagen veneradísima en la diócesis y pueblos limítrofes; otra, al Sagrado Corazón de Jesús en la misma ciudad de Pasto, y hasta pensaba en erigir una nueva catedral. Poco tiempo disfrutó de aquella quietud y de recrearse en disponer palacios para el Rey y la Reina de los Cielos.

En 18 de Octubre de 1899 estalló la guerra, que por espacio de casi tres años hizo tantas viudas y huérfanos, ahondó horriblemente las divisiones políticas y redujo a yermos muchísimos de los campos cultivados. El Sr. Obispo de Pasto, mirando aquella desgracia desde las elevaciones de su alto ministerio, escribió una Carta Pastoral, y preguntaba: "Pensando católicamente, ¿qué es la guerra actual? Un castigo de Dios que envuelve fines de misericordia", responde.

Nadie sentía y lamentaba la guerra tanto como él. Si hubiese podido, la habría evitado aun a costa de su sangre. Sin embargo, una vez que tan sin culpa suya había estallado, y una vez que el objetivo de los revolucionarios era destruir la Religión y la Iglesia, pues entraban en combate al grito horrible de "Muera Cristo!", ¿había de enmudecer el Jefe de la Iglesia pastopolitana? Dirigió al Clero varias circulares exponiendo con claridad y valentía cuáles eran sus deberes en aquellas circunstancias. Al Gobierno ecuatoriano, que en favor de los revoltosos tomaba activa parte en aquella guerra, desagradaba en extremo la actitud del Prelado de Pasto, y hasta la denunció a Roma, de donde no se le hizo advertencia alguna respecto de su proceder, y continuó infundiendo alientos en los defensores del orden y de la Religión con enérgicas y caldeadas exhortaciones.

Para que se vea el efecto que éstas producían y cuánto esperaban los buenos de la prestigiosa gestión del Sr. Moreno, exhibimos el siguiente documento. El Comandante general, Jefe de operaciones del Sur, le escribía en Agosto de 1901: "Ilustrísimo señor: En el grave empleo militar que ejerzo, después de haber agotado mi actividad, desde luego implorando el auxilio y asistencia de Dios, y con justa desconfianza de mis fuerzas, sólo me resta acudir a su señoría, Príncipe de la Iglesia de esta diócesis y Pastor de la grey comprometida, para pedirle en favor de la causa del Gobierno el mayor apoyo posible. Estamos amenazados de los

más graves y ciertos peligros, y los pueblos y la opinión pública permanecen fríos e indolentes. Si su señoría, si el Clero secular y regular no alzan la voz y en nombre de Dios y de la Patria no despiertan a estos pueblos, no sé lo que va a suceder: veo en la indolencia social un claro signo de muerte.”

Y con tales bríos e interés exhortó el Prelado a los leales, que sus palabras sirvieron a los jefes católicos de arenga militar. En la Carta que escribió con el título de A TRIUNFAR O MORIR, decía: “Salga al frente la gente entusiasta que grita con toda su alma ¡Viva la Religión! y que se lanza al combate limpia su conciencia, reforzada con los Sacramentos y llena de ardor por la defensa de su fe y de su Patria: esto agrada y aplaca a Dios. ¡Animo, defensores armados de la fe! ¡Pelead de esa manera las batallas del Dios de los ejércitos...! No, no se nos mande callar, invocando una caridad falsificada que cuenta los males materiales de la guerra y no la multitud de almas que pierden la fe y van cayendo a los infiernos con el reinado de la impiedad. ¿Callar cuando ruge la fiera dando sacrilegos mueras a Nuestro Señor Jesucristo y cuando le hace guerra cruel? ¿Callar cuando amenaza a los pueblos cristianos el mayor de los males? No; que callar en estas circunstancias sería cobardía y traición a Jesucristo. Seguid, buenos católicos; seguid gritando cada vez más fuerte: ¡A pelear por nuestra Religión! DIOS LO QUIERE...”

CAPITULO VII

TERMINACIÓN DE LA GUERRA EN LOS CAMPOS.— CARTAS PASTORALES.—INSTRUCCIONES AL CLERO

Triunfaron los católicos en los campos de batalla; pero los resultados de la victoria no correspondieron a tanto esfuerzo y sacrificio. Surgieron corrientes de inteligencia entre buenos y malos, y esto afligía el corazón netamente católico del Ilmo. Sr. Moreno, que en Pastorales de los años 1902, 1903 y 1904 trató magistralmente los temas *de la unión que debe haber entre católicos, y cómo y para qué debe hacerse; de lo que es la paz, dónde se puede encontrar y cuán inútilmente se espera de las modernas libertades; y trata en la última de los derechos de Jesucristo a reinar sobre todas las cosas, de lo que es ese reinado con relación al Estado, de la guerra que hace a ese reinado el liberalismo.*

El Rmo. P. Moreno era intransigente respecto de la doctrina, pero no en cuanto a los procedimientos. Reunióse en una población de Colombia una Junta o Conferencia de varias personas eclesiásticas, y entre ellas el Ilmo. Sr. Obispo de Pasto.

Al tratar del modo que debía procederse con los llamados liberales, si era más eficaz ir a ellos de frente en la forma que siempre lo hizo el P. Ezequiel, o bien de una manera indirecta y velada, indicó otro insigne Prelado que lo segundo le daba a él mejores resultados. A esto repuso el P. Moreno las siguientes palabras, hijas de su grande amor a Dios y a las almas: *Ilmo. señor—le dijo—, los Obispos nada debemos pretender sino llevar almas a Jesucristo: si su señoría salva más almas obrando así, siga en esa forma, ya que procediendo de ese modo consigue el fin de nuestra misión.*

Lo que nunca hacía el prudente pero valeroso Obispo de Pasto era callar ante el error. En su Pastoral de 1904 escribe: “¡Silencio!... Esa palabra, en los tiempos que atravesamos y peligros que nos rodean, nos llena de pavor y espanto, porque nos representa al vivo el silencio de los muertos.— ¡Silencio!... Es lo que desean los enemigos de la Iglesia y de nuestra fe, sobre todo en los Pastores de la cristiana grey, para que cunda y se extienda el vicio, y se olvide la verdad, y queden los derechos más sagrados sin defensa. Pero por lo mismo que se trata de intereses tan altos y vitales, es imposible el silencio, y es necesario hablar claro, para que la verdad se abra paso y tome posesión de las inteligencias, y los fieles triunfen del error, tan insolente hoy por las consideraciones que se le tienen, tan atrevido y pujante por los favores que se le conceden, y tan endiosado y altivo por los honores que se le dan.—Los tiem-

pos son de lucha; se libra tal vez entre nosotros el último combate entre la verdad y el error, entre los que nada creen y mueren sin esperanza, y los que vivimos alentados por la fe y esperando una inmortalidad gloriosa y feliz. En trance tan supremo, todos tenemos el deber de salir a la defensa del reinado de Dios sobre nosotros, porque sería escandalosa cobardía no hacer nada.

”Para estar al lado de Jesucristo en estos tiempos es preciso luchar, sufrir y estar dispuesto a todo: venga la lucha, venga el sufrimiento, venga el martirio, pero que reine Jesucristo. ¡Dichosos los que suben con Jesucristo hasta el Calvario, y allí rinden sus vidas defendiendo la verdad y anatematizando el error!

”Reine, Señor, en esta atribulada nación, donde todavía hay tantos que te buscan, que te confiesan, que te adoran y te aman; y perdonando sus faltas, haz que seas honrado en la vida política y en la doméstica, en los Congresos y Asambleas, en los Consejos y Tribunales de justicia, en el templo, en las calles y en todas partes.”

Espantosa fué la última guerra civil de Colombia; pero el misericordiosísimo Jesús, escuchando propicio los ruegos del virtuoso Prelado y de otras muchas almas buenas, no permitió que en Pasto se alterase la paz. En una de las cartas que el Ilmo. P. Ezequiel dirigió a España, decía: “Yo he pasado por aquí tres años rodeado de enemigos por todas partes, e incomunicado por completo con el mundo. Sin embargo, en esta población no se oyó

un tiro en toda la guerra. Netamente católica en su gran mayoría, no se atrevió el enemigo a acercarse; pero siempre había que sufrir al tener noticia de tantas desgracias que ocurrían por unas partes y por otras, y aun cerca de aquí, en mis pueblos.”

Por motivo de la guerra no pudo continuar haciendo con la regularidad que había comenzado la Santa Pastoral Visita de la diócesis, si bien la giró a varias parroquias, según lo permitían las circunstancias. Designado por la Superioridad para que impusiese el palio al Rmo. Sr. Arzobispo de Popayán, hizo las siete jornadas que separan aquella población de la de Pasto, y desempeñó su cometido el 29 de Junio de 1902.

Si siempre fué el Ilmo. P. Ezequiel vigilante Pastor y celoso maestro, aviváronse su vigilancia y celo en aquel período de mayor peligro. Sus ideas, perfectamente definidas y ajustadas a las enseñanzas de la Iglesia respecto del liberalismo, le obligaron a ser intransigente y aparecer hasta duro en todo cuanto en teoría o práctica tocaba a la doctrina. Los sucesos mismos que presenciaba en aquellos tres aciagos años le confirmaban en sus convicciones, sin que su conciencia le permitiera dejar pasar por alto nada de lo que él creía que pudiese perjudicar en lo más mínimo a la salvación de las almas que le estaban encomendadas. Por eso escribió en Diciembre de 1902 las *Instrucciones al Clero de su diócesis sobre la conducta que han de observar con los liberales en el púlpito y en al-*

gunas cuestiones de confesonario. Respondía el opúsculo a las *Enseñanzas de la Iglesia sobre el liberalismo*, obra escrita por el Ilmo. P. Nicolás Casas, que había sucedido al Sr. Moreno en el Vicariato de Casanare.

Ambos Prelados fueron siempre acérrimos deladores de todo liberalismo, y el Sr. Casas escribió el indicado libro, que mereció alabanzas de todas las publicaciones católicas. Consta la obra de dos partes: la una doctrinal y la otra práctica. Parece que el plan del autor se limitaba a la primera; pero siguiendo consejos de personas muy respetables, escribió también la segunda. Al señor Obispo de Pasto, entusiasta admirador de la parte doctrinal, no agradó por completo la práctica, porque su diócesis se hallaba en condiciones excepcionales respecto de saber lo que es el liberalismo, y poquísimos liberales *de buena fe* pudieran encontrarse allí. Por eso dió a luz el ilustrísimo Sr. Moreno sus *Instrucciones*.

Ello es que el veterano en las lides contra el liberalismo admiró el talento del nuevo defensor de la fe católica y éste confesó que el señor Obispo de Pasto, atendidas las circunstancias de su diócesis, había obrado perfectamente al dar a su Clero las *Instrucciones*. Los dos hermanos de Episcopado y Religión buscaron la gloria de Dios; se amaron sinceramente y se aman ahora en el Cielo, ya que ambos fueron fieles servidores de Dios, y en ese hermosísimo servicio perseveraron hasta exhalar el último suspiro.

CAPITULO VIII

TERRITORIO DE CAQUETÁ. — LOS CAPUCHINOS. —
OTRAS COMUNIDADES RELIGIOSAS.—LAS ESCLA-
VAS DE JESÚS.

Pertenece a la diócesis de Pasto el terreno llamado Caquetá, parecido al de Casanare. Tiene una extensión de más de cuatro mil quinientos miriámetros cuadrados, con una población de cincuenta mil infieles y unos siete mil cristianos. Propuso el Ilmo. P. Ezequiel a Roma que se crease allí una Prefectura Apostólica, y lo consiguió, siendo encomendada la dirección a los RR. Padres Capuchinos.

Desde que el Sr. Moreno entró en el Obispado pusieron los Capuchinos enteramente a su disposición y le acompañaron en las Visitas pastorales, en su primer viaje a Europa, en el que hizo luego a Bogotá, ofreciéndose a venir con él cuando, ya gravemente enfermo, se embarcó para España. El agradecido Sr. Obispo supo corresponderles con especiales demostraciones de cariño y saliendo siempre con denuedo a la defensa de los muy observantes hijos del Serafín de

Asís, que eran dueños del afecto y de cuanto tenía el Prelado.

Estimaba éste igualmente los relevantes servicios que los beneméritos Padres de la Compañía de Jesús le prestaban en la dirección del Seminario, y en el mantener y enardecer la piedad de los fieles. No menos apreciaba lo que en Misiones y confesonarios hacían los Filipenses, ya en Ipiales, ya en la capital; todo sin perjuicio de lo que distinguía a su amadísimo Clero parroquial, cuyo consejo demandaba en todos los casos que creía difíciles.

Objeto de particular benevolencia eran también para él las Comunidades religiosas, las Concepcionistas de Pasto, las Hijas de la Caridad, las Terciarias franciscanas, llevadas por el Ilmo. señor Schumacher, y las Betlemitas, Orden fundada por el venerable Pedro Betancour y restaurada en Guatemala por la Rda. M. Encarnación, que inició la devoción a los Dolores internos del Corazón de Jesús. Como de ese divino Corazón era tan amante el Ilmo. P. Ezequiel, y esa devoción había sido aprobada por la autoridad eclesiástica, celebrándose públicamente sus funciones desde el año 1857, la abrazó con entusiasmo el Sr. Moreno, y escribió un opúsculo con el mismo título poniendo al frente de él lo siguiente: "Al juicio que forme Nuestra Santa Madre la Iglesia someto la obrita, sus partes y aun cada una de sus palabras." Más adelante decretó la Congregación del Santo Oficio que "el culto a los

Dolores del Santísimo Corazón de Jesús está comprendido en el que ya se le tributa, y se procure que la nueva forma de devoción se reduzca a la que ya está recibida por el uso”.

Con esa nueva forma estaba íntimamente relacionada una Congregación fundada por una joven muy fervorosa y prohijada por el Ilmo. señor Moreno, que la organizó y dió las Reglas-Constituciones, llamándolas Esclavas de Jesús, aliviadoras de los Dolores internos de su amorosísimo Corazón. Dedicóse el Instituto a enseñar la Doctrina cristiana a las pobres niñas del Caquetá y de otros puntos de la diócesis. Fallecido el Rmo. P. Ezequiel cuando aquella Congregación estaba muy en mantillas, tuvo que sufrir las consecuencias de tan triste y prematua orfandad.

CAPITULO IX

SEGUNDA VISITA PASTORAL. — IDA DEL SEÑOR
OBISPO A BOGOTÁ. — CONTINÚA LA SANTA VISI-
TA.—APACIGUA UNA SEDICIÓN MILITAR.

Acabada la guerra, salió de Pasto el Ilmo. padre Ezequiel a mediados de Abril de 1903 para hacer una Visita Pastoral en la costa del Pacífico, acompañándole dos PP. Capuchinos y un Filipino. Desde Piedra Ancha hasta Barbacoas fué deteniéndose lo necesario para el ejercicio de su ministerio, según el método de Visita, y con mayor trabajo y celo, porque la revolución, dominando por espacio de bastante tiempo en los pueblos costeros, los había desmoralizado no poco y era preciso redoblar los esfuerzos para encauzar lo desbordado.

Llegó el Sr. Obispo al puerto de Tumaco a principio de Julio, y en la noche del 11 al 12 penetraron furtivamente en el templo algunos desalmados, derribando el sagrario y ultrajando la imagen de la Santísima Virgen. Profunda fué la pena del Prelado, expresada en sentidísima Pastoral. El Señor, que sabe sacar bienes de los males,

quiso que los fieles de Tumaco hicieran entonces esplendidas manifestaciones de sus creencias y sentimientos religiosos en el solemne Triduo celebrado para desagraviar a Su Divina Majestad y a la Reina de los Angeles.

En aquel puerto se embarcó el Ilmo. P. Ezequiel para Colón y Sabanilla, yendo luego a Bogotá. Objeto del viaje era recabar del Gobierno los once mil pesos plata que el Sr. Obispo había facilitado a las tropas leales en días de grandes apuros para la nación. Pertenecían a la Iglesia y era muy justo y obligatorio reclamarlos.

Preocupaba también al Sr. Moreno su situación en Pasto, ruda y constantemente combatida por los liberales de Colombia y más aún por los del Ecuador. El modesto Religioso estaba al frente de aquel Obispado, no por voluntad propia sino por hacer la de Dios. Gran sacrificio era verse precisado a forzar su carácter, dulce y casi tímido, con luchas continuadas y soportar abrumadoras responsabilidades. De ahí que suspirase por el retiro de su amada celda, si bien no creyó nunca que debía partir de él la petición de ese retiro, porque eso hubiera sido, en cierto modo, bajar de la cruz donde el Señor le había puesto.

Tanto el Gobierno como el Delegado Apostólico estimaron que debía volver a su diócesis, y a su diócesis volvió, yendo con él el P. Alberto Fernández, que, como vimos, había sido su socio en el Vicariato de Casanare, y había de serlo hasta recibir sus últimos alientos y cerrarle los ojos.

Partieron de Bogotá el 2 de Noviembre de 1903, y después de haberse detenido algunos días en Manizales y en Popayán, llegaron a Pasto el 10 de Diciembre. Magnífico fué el recibimiento que los pastusos hicieron a su querido y venerado Obispo.

En la segunda quincena de Agosto de 1904 salió el Ilmo. P. Ezequiel para la Visita Pastoral de Consacá. Los PP. Capuchinos habían organizado una peregrinación al pueblo de Ancuya, que estuvo concurridísima, y allí fué también el Prelado, tomando parte en todos los actos piadosos, ocupando durante largas horas el confesonario y excitando en los fieles la devoción a la Santísima Virgen, allí venerada en su imagen, que representa el misterio de la Purificación.

Desde Ancuya continuó la Visita por Sandoná, La Florida y Matituy. A esta última parroquia corresponde un término llamado *Duarte*, que gente crédula había convertido en centro de supersticiosa romería, acudiendo numeroso concurso para venerar unas rocas a manera de cuevas, donde decían algunos que se había aparecido la Virgen, asegurando otros que allí veían realmente a la Soberana Señora. Como aquello carecía de fundamento canónico y aparecía la explotación de la piedad, el Ilmo. Sr. Moreno quiso ver por sí mismo y examinarlo todo con detenimiento y prudencia. El resultado de la visita fué prohibir absolutamente todo culto religioso en aquel sitio y hacer que en el acto se destruye-

se la choza que ya se había construído y comenzaba a servir de santuario.

Volviendo el Sr. Obispo de aquella expedición tropezó la bestia en que montaba, despidiéndole de la silla y haciéndole caer en tierra. A pesar de los grandes dolores ocasionados por el golpe y exacerbados por el movimiento del caballo, llegó a Matituy sin dar muestras de lo que padecía, y aun administró allí el Sacramento de la Confirmación. Sin embargo, se vió precisado a interrumpir la Santa Visita y volver a Pasto.

Sucedió a principios de Octubre que el batallón *Juanarabú*, que guarnecía a Pasto, se sublevó con pretexto o motivo de que no se le daban sus pagas. Salió del cuartel completamente insubordinado y en actitud ofensiva, no sólo contra sus jefes sino contra todas las personas de orden. Gritaba: *¡Viva el pueblo soberano!*, e iba a hacer uso de las armas. El Sr. Obispo, en carta escrita el 13 de aquel mes, refiere el caso harto modesta y sucintamente, diciendo: “El día 4 se sublevó un batallón que había aquí porque lo disolvieron sin pagar a los soldados. Muchos liberales se unieron a los sublevados y tuvimos momentos en que amenazaba una verdadera catástrofe. En esos momentos, día 5, salí yo con algunos religiosos y sacerdotes y me traje a Palacio gran parte de los sublevados, y todo concluyó.”

“La población, escribe el prefecto, general don Elíseo Gómez Jurado, estaba consternada. A las

doce del día 5 era la ciudad centro de espantosos conflictos; los soldados, ebrios y armados, estaban amenazantes; la carnicería que iba a venir sería horrible; los militares y hombres civiles éramos ya impotentes para conjurar el peligro; mas cuando los insurrectos estaban más enfurecidos..., en tan gravísimas circunstancias, el señor obispo Moreno, acompañado de algunos religiosos y sacerdotes, salió de su palacio y con su dulzura, caridad y abnegación logró componerlo todo... Se metió entre aquella turba, la exhortó, hizo promesas que cumplió, no sé si con su peculio, y a las cuatro de la tarde la paz reinaba en la ciudad."

¡Qué hermosa figura la del *salvador de Pasto* cuando avanza hacia los insurrectos clamando y repitiendo: *Aquí no hay más soberano que Dios. ¡Viva Dios!* Las turbas, subyugadas por aquel ángel de paz, deponen su actitud, y los soldados rinden y entregan las armas... ¡Qué influencia tan maravillosa la del Ilmo. P. Ezequiel Moreno!

Era Pasto la capital del Departamento llamado antes *del Cauca*, nombre que el Gobierno cambió por el de *Nariño*, sin atender al deseo y ruego del Sr. Obispo, que proponía se denominase *Departamento de la Inmaculada*. Al inaugurarse saludó el Prelado al nuevo Gobernador con una notable y respetuosísima alocución, pronunciada en la Catedral.

A fin de arbitrar los necesarios recursos monopolizó el Gobierno, entre otros artículos, el de

licores, medida a que se opusieron muchos. Aprovechando los revoltosos el descontento, dieron al asunto un carácter muy peligroso para la tranquilidad pública. Las autoridades, así como las personas sensatas de uno y otro bando, interpusieron como árbitro al Ilmo. P. Ezequiel. Este escribió una razonada *Instrucción sobre el monopolio de licores*. Estudia el asunto en su aspecto moral, exponiendo con pocas palabras y claridad suma la doctrina de los teólogos, y resuelve que tratándose *de un monopolio público impuesto por legítima autoridad y causa justa, era lícito*. Con esto se aquietaron los ánimos, sometiéndose todos a lo dispuesto por los superiores.

CAPITULO X

EL GENERAL REYES.—VIAJE DEL SR. MORENO A LA CAPITAL DE COLOMBIA.—VUELTA A SU DIÓCESIS.—ENTUSIASTA RECIBIMIENTO.

Tan luego como quedó sosegada la agitación que el asunto *monopolio* había producido, salió el Sr. Moreno a visitar los pueblos la Tangua, Junez, Pupiales, Las Lajas y otros. Estando en la parroquia de Puerres firmó, a 17 de Enero, su bien pensada Carta Pastoral de Cuaresma, cuyo asunto queda ya indicado.

En las elecciones para presidente de la República de Colombia el general D. Rafael Reyes, cuya señora había sido dirigida espiritualmente por el P. Ezequiel Moreno, a quien D. Rafael profesaba sincera amistad, tanto que al ir de Europa a Colombia para posesionarse de la presidencia, aun antes de desembarcar escribió al Sr. Obispo de Pasto una afectuosa carta pidiéndole su valiosa cooperación. Estaba el General en Roma al ser elegido jefe de la nación colombiana, y como buen católico se ofreció a Su

Santidad el Papa Pío X, que le acogió con paternal benevolencia.

Lamentaba el Sr. Reyes las guerras civiles que con alguna frecuencia asolaban a Colombia, y creyó evitarlas en lo sucesivo proponiendo y realizando una *concordia* entre los partidos. Claro es que este pensamiento pacificador había de encontrar eco en el corazón del padre común de los fieles. El Sr. Moreno, convencido de que la *concordia*, proyectada con apariencias de meramente política y proponiéndose excelentes fines, afectaba en el fondo a la Religión, viéndolo todo desde el punto de vista de que el liberalismo era inconciliable con el catolicismo y fundándose en que los fieles de su diócesis tomaban la concordia entre católicos y liberales como contraria a las enseñanzas de la Iglesia, así lo telegrafió al Presidente de la República en contestación a telegramas referentes al asunto.

El Ilmo. P. Ezequiel fué llamado a Bogotá, donde dió explicaciones de sus palabras y actos, pero manteniéndose firme en su punto de vista católico. El general Reyes contestó a las explicaciones del Sr. Obispo, diciéndole: "Acuso a su señoría ilustrísima recibo de la nota que se sirvió dirigirme. Con satisfacción veo por ello, y no podía ser de otro modo, que su señoría no acepta la interpretación (de irrespetuoso) que se ha querido dar al telegrama que me dirigió el 27 de Marzo último."

Haciendo bien estuvo el Ilmo. Sr. Moreno en

Bogotá y haciendo bien regresó a su diócesis. Salió el 7 de Julio, se detuvo en Honda por hallarse delicado, predicó en Manizales el día de Nuestra Señora del Carmen y fué cariñosamente recibido y entusiastamente aclamado en Cartago, en Tuluá, en Calí, en Popayán, etc. No hay para qué decir que al entrar en su Obispado, y sobre todo, en la capital, fueron indescriptibles el gozo y ovaciones de sus amantes hijos. En uno de los muchos homenajes de bienvenida le decían: "Con vuestro último viaje habéis puesto en indiscutible evidencia que estáis pronto a dar gustoso, si menester fuera, la misma vida por la salud de vuestro rebaño. Ante Colombia entera os habéis presentado revestido de imponente majestad y bañado en las auras de verdadero heroísmo, con la diestra extendida en actitud de asir la simbólica palma de los supremos sacrificios."

CAPITULO XI

PRINCIPIOS DE LA ÚLTIMA ENFERMEDAD DEL SEÑOR MORENO.—VIENE A ESPAÑA.—OPERACIÓN.—FALLECIMIENTO.

Había llegado el Ilmo. Sr. Moreno a Pasto muy robustecida el alma para la defensa de la fe, pero con el cuerpo mortalmente herido por terrible enfermedad que, después de un año de acerbísimos dolores, llevados con heroica paciencia y santa alegría, había de conducirle al sepulcro. Pocos días antes de emprender su viaje de regreso manifestóse el primer síntoma en Bogotá, donde echó por las narices algo de sangre sospechosa.

Las molestias propias de tan largo y penoso viaje contribuyeron a precipitar el desarrollo del mal, de manera que al querer entrar con su Clero en Ejercicios espirituales muy poco después de su llegada, no pudo hacerlo. Las pérdidas de sangre eran muy frecuentes y abundantes, la debilidad y los dolores se acentuaban, y, sin embargo, seguía trabajando. Para que se vea el estado de

su ánimo en aquellas circunstancias, copiamos los siguientes párrafos de cartas que entonces escribió:

“Sigue mal esto de la nariz, a pesar de las muchas oraciones y Comuniones que se han hecho para que el Señor me dé la salud. Yo no la deseo, aunque tampoco la rechazo; estoy muy conforme con lo que Dios Nuestro Señor quiera. ¡Qué consolador es esto!” (27 de Octubre.)

“Aún me levanto a la misma hora y hago todo lo que hacía, excepto estudiar y escribir, que no puedo. Me dicen que me marche a Bogotá o a Europa, que aún llego a tiempo para que me operen con éxito probable, pero no me apuro. Si después de algunos días el Señor no me cura me entregaré a lo que decidan tres o cuatro sacerdotes buenos. Si deciden que me marche, obedeceré. ¡Qué dulce es descansar en los brazos de Jesús en estas circunstancias! Le digo que haga lo que quiera, y así quedo tranquilo.” (4 de Noviembre.)

“Según los médicos tengo *llagas malignas palato-nasales*, sobre las que hay que operar, y ellos no tienen medios. Delegado Apostólico, Arzobispo de Bogotá y otros, interesadísimos por mi salud, con grandes muestras de aprecio.” (25 de Noviembre.)

“No desaparecen los síntomas graves de la enfermedad y hoy me han visitado dos PP. Jesuitas, dos Capuchinos, dos Filipenses y el señor Vicario con otros sacerdotes, para *mandarme* que me marche a Europa.” (5 de Diciembre.)

A pesar de estar el Ilmo. P. Ezequiel en la firme persuasión de que la enfermedad era incurable, decidió el viaje, consagrando antes los Santos Oleos, en uso de la facultad concedida a los Obispos de la América Latina, y confiriendo, aunque con muchísima fatiga, los Sagrados Ordenes a varios aspirantes del Clero secular y regular en dos días distintos.

El 18 de Diciembre salió de Pasto el ilustre enfermo acompañado el P. Alberto Fernández y un Hermano. Se detuvieron en el santuario de Nuestra Señora de Las Lajas, y aún se impuso allí el sacrificio de conferir nuevamente Ordenes. Pasando por Tumaco y Panamá, tomaron en Colón el vapor de la Trasatlántica *Antonio López*, que los condujo a Cádiz, de donde salieron para Madrid. Vió al enfermo el Dr. Compaired y dijo que urgía la operación, y llevado al Sanatorio del Rosario, que está a cargo de las Religiosas de Santa Ana, se designó el 14 de Febrero para operarle.

Aquel día quiso celebrar la Santa Misa, pero hubo de contentarse con recibir la Sagrada Comunión. A las diez de la mañana entraba en la sala de operaciones con la siempre modesta y enérgica fortaleza de su espíritu. "Me figuraré que es una penitencia voluntaria que me impongo", había dicho. Eso y la idea de *mi Jesús lo quiere* le animaban para someterse tranquilo y hasta gozoso a la cruenta y dolorosísima operación. "Cuando entró en la sala, dice la Hermana

que estuvo presente, me pareció ver un santo que iba gozoso al martirio. Colocado en la mesa, elevaba los ojos al Cielo, hasta que le dieron el cloroformo, y cuando dejaban de dárselo volvía otra vez a hacer lo mismo, pues tenía muchos ratos de conocimiento. Tanto el operador como los ayudantes estaban admirados al ver un valor tan extraordinario." Así estuvo las tres horas que duró la operación, sin exhalar un quejido ni hacer el más pequeño movimiento de disgusto o repugnancia.

El cáncer fué reproduciéndose, siendo necesario operarle de nuevo el 29 de Marzo. Así fué viviendo en continuo padecer, y en vista de que la enfermedad se agravaba, dijo: "Voy a morirme al lado de mi Madre la Virgen del Camino." Y el 31 de Mayo salió de Madrid para nuestro Colegio de Monteagudo, en Navarra. Allí eligió la celda más desacomodada, no sólo por satisfacer su espíritu de humildad y pobreza, sino también por ser una celda contigua a la iglesia, con una pequeña tribuna, donde continuamente estaba ante el Sagrario y ante la imagen de su amadísima Virgen del Camino.

En aquel Colegio estuvo sufriendo con admirable fortaleza, llevada hasta el gozo santo, acerbos dolores en el cuerpo a una con la crucifixión del alma. Hacía muchos años que su espíritu se hallaba completamente desolado. "Busco a Dios, decía, y no lo encuentro; estoy unido a El con la voluntad, pero sin sentir el más pequeño consue-

lo." Pasó por fin aquella noche obscurísima y apareció la aurora del día eternamente feliz.

En la mañana del 19 de Agosto de 1906 se celebró, como otros días, en su pobre habitación, el santo sacrificio; aún se vió que al alzar hizo el moribundo un movimiento de adoración. Poco después exhaló su último suspiro.

CAPÍTULO XII

EMBALSAMAMIENTO DEL CADÁVER. — SEPELIO. —
HONRAS EN ESPAÑA Y COLOMBIA. — ALABANZAS
Y VITUPERIOS.

Embalsamado el cadáver y revestido de Pontifical, se difirió el sepelio hasta el día 22, en el cual, con asistencia del Cabildo catedral de Tarragona, Comunidad de nuestros Religiosos, comisiones eclesiásticas y civiles de Alfaro y Monteagudo y gran número de fieles se celebró por el Ilmo. Sr. Obispo dimisionario de Jaro la Misa de cuerpo presente, y después de la oración fúnebre se dió tierra al cadáver en la misma iglesia de nuestro Colegio de Monteagudo, en sepultura abierta en el suelo, frente al altar de Nuestra Señora de la Consolación.

Antes de procederse al cerramiento de la caja, todos cuantos estábamos en el templo, desde el Ilmo. Sr. Obispo oficiante hasta el último de los fieles, ansiábamos ver una vez más y tocar el cadáver, haciéndolo con la veneración con que se mira y toca a un santo, sin poder evitar que algu-

nos cortasen furtivamente pedazos del roquete y de otras vestiduras para conservarlas cual si fuesen reliquias.

La noticia de la defunción produjo honda pena en la ciudad de Pasto, en los demás puntos de la diócesis y en todos los católicos de Colombia, y aun de las vecinas Repúblicas. Se le hicieron solemnes y muy concurridos funerales en Pasto, Bogotá y muchísimas iglesias, pronunciándose sentidas oraciones, en las que fueron justamente ensalzadas las virtudes del egregio Prelado.

Como muestra del sentimiento que la muerte del Ilmo. P. Ezequiel causó en Pasto y de la estimación y alto concepto que de él tenían sus diocesanos, transcribimos el decreto dado por el Tribunal Supremo del distrito:

Considerando—dice—: 1.º Que el ilustrísimo y reverendísimo señor Obispo de la diócesis de Pasto, DR. FR. EZEQUIEL MORENO DÍAZ, ha fallecido en España el día 19 del presente mes, adonde, se había trasladado por motivos imperiosos de salud. 2.º Que el ilustrísimo y reverendísimo señor obispo MORENO DÍAZ amó entrañablemente a Colombia, su patria adoptiva, y de un modo especial a esta grey que le había confiado el Espíritu Santo. 3.º Que el ilustrísimo y reverendísimo señor obispo MORENO DÍAZ, ya en su calidad de religioso de la célebre Orden de Agustinos Descalzos, ya como Vicario Apostólico de Casanare y como Obispo de la diócesis de Pasto, prestó a la República y a la sociedad colombiana en

muchos años de labor constante los más inapreciables y útiles servicios. 4.º Que el ilustrísimo y reverendísimo señor obispo MORENO DÍAZ fué altamente ejemplar en su vida y ejercicio del sagrado ministerio, humilde, piadoso, firme, abnegado, austero y penitente, con otras cualidades más que le adornaban, que sería prolijo enumerar, y le captaban el más profundo respeto y admiración de los hombres de buena voluntad.

ACUERDA: Honrar con este acto la memoria del esclarecido y heroico príncipe de la Iglesia Católica, DR. D. FR. EZEQUIEL MORENO DÍAZ, dignísimo Obispo de la Diócesis de Pasto, que acaba de fallecer en España, dejando en orfandad y angustioso duelo a su numerosa y amada grey, a quien edificó con la práctica constante y sincera de las más eximias virtudes.—Publíquese por la imprenta, comuníquese a los altos Dignatarios de la Iglesia residentes en la República y a los deudos inmediatos del ilustre difunto.—Dado en Pasto a los veintiocho días de agosto de mil novecientos seis.—*El Magistrado Presidente*, J. CLÍMACO BURBANO.—*El Magistrado Vicepresidente*, JUAN E. MONCAYO.—*El Magistrado* EMILIO CHAVES.—*El Magistrado* FEDERICO PUERTAS. — *El Secretario*, ANGEL NARVÁEZ Y DELGADO.

En vida y en muerte fué alabado el ilustrísimo padre Ezequiel por los buenos católicos, y vivo y después de muerto fué escarnecido por los malos;

y por cierto que apreciaba aún más los escarnios de éstos que las alabanzas de aquéllos.

Leemos en una de sus cartas: “Comprendo que busquen algún modo de hacerme callar, a fin de que siga la mezcla que están haciendo entre católicos y liberales. ¡Dichoso de mí si algo sufro por el nombre de nuestro buen Jesús! Pidan por mí para que, si sufro, sea por su Santo Nombre y para su gloria. Tengo ya un gran acopio de injurias que lanzan contra mí los periódicos liberales de varias poblaciones de la República, y las conservo como preciosidades.” Sincérase en otra carta de algunos cargos que se le habían hecho, y después de una cumplida justificación, pregunta: “¿Qué queda contra mí? ¿El odio de los enemigos de mi Señor Jesucristo? ¿Sus ultrajes y calumnias? ¡Ah! Si estos enemigos me alabaran, tendría miedo. No quiero que me alaben los que insultan a mi Señor Jesucristo.”

Mucho habían clamado los periódicos anticatólicos del Ecuador y Colombia contra el gran enemigo del liberalismo y de la impiedad durante la vida del Ilmo. Sr. Moreno; y no pudieron disimular su regocijo al saber su muerte. Aludiendo a la enfermedad de que el Sr. Obispo había fallecido, daba uno de ellos la noticia con este brutal epígrafe, equivalente a una carcajada satánica: *Por la boca muere el pez.*

En cambio, la Prensa católica de España y América, que había enaltecido siempre los trabajos apostólicos del insigne Prelado en su vida,

manifestó profunda pena en su muerte, así como lo hicieron todas las personas sensatas y honradas que le habían conocido.

Un notable publicista de Colombia, inglés de nación, y convertido al catolicismo, decía en Mayo de 1907: “¿Qué podré yo escribir, siendo pigmeo, de un hombre tan eminente en virtudes, heroico en sacrificios y santo en su vida y costumbres? Siento al comenzar que la gigantesca figura de ese amado Prelado y amigo anonada mi humilde persona, y ofusca de tal manera mis facultades intelectuales, que temo convertir en un adefesio por escrito los sentimientos de admiración, veneración y amor que yo le profesaba.

”¿Quiénes eran sus enemigos? Los enemigos de Jesús y de su Iglesia. ¿Quiénes le consideraban intransigente? Los intransigentes con el Evangelio y las enseñanzas de la Iglesia Católica. ¿Quiénes le tenían por retrógrado? Los que fomentan el retroceso al paganismo; y el liberalismo, la más grande y solapada herejía de la época actual, lo perseguía sin tregua, porque fué su *martillo* incansable.”

“Semejante—dice otro eminente escritor de Colombia—a los atletas cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, nada era capaz de doblegarle en el cumplimiento de su sagrado Ministerio, y, si la ocasión se hubiera ofrecido, habría derramado su sangre, a ejemplo de los mártires.

”El Ilmo. Sr. Moreno estaba dotado de una cualidad excelsa, sin la cual no tienen base sóla

las demás prendas morales del hombre: firmeza de carácter. Provisto de arma tan preciosa, afrontó con valor y serenidad los ataques insensatos y vulgares que le hizo el liberalismo, y dió la voz de alerta cuando resonó por todos los ámbitos de Colombia la voz de concordia entre aquella maligna escuela y las ideas católicas.”

Copia de otros muchos elogios procedentes de respetabilísimas personas, eclesiásticas y seculares, pudiéramos añadir; pero juzgamos bastante lo consignado para que se forme idea de la estimación y veneración en que justamente era tenido el Ilmo. P. Ezequiel Moreno.

TERCERA PARTE

CAPITULO I

VIRTUDES DEL ILMO. P. EZEQUIEL MORENO :

FE.—ESPERANZA.—CARIDAD

Al recibir nuestro biografiado el santo Bautismo se le infundió el hábito de la fe, fundamento de la justificación y de todas las virtudes sobrenaturales, manifestándose luego en actos, ya semi-conscientes, ya conscientes, conforme se abrían los ojos de su alma a la vida de la razón y de las prácticas religiosas. Estas comenzaron desde sus más tiernos años, y nunca fueron interrumpidas. La gracia de la vocación al estado religioso, tan fielmente correspondida; su intachable, edificante y fervorosa conducta durante su niñez; su juventud y edad madura, manifestaban que *vivía de la fe*.

Y no sólo fué sencillo creyente, sino también instruído y muy celoso maestro de la fe, enseñándola e inculcándola sin cesar en las almas que le estuvieron encomendadas. ¡Y cómo enseñaba! En

21 de Noviembre de 1901 escribía a una religiosa: “Viva la vida de la fe, no preocupándose de las cosas de las criaturas, y aspirando siempre a las cosas de Dios y de su vida. *Vivir de la fe* es despreciar lo que el mundo estima y estimar lo que él desprecia. “Bienaventurados los que gozan”, dice el mundo; y la fe dice: “Bienaventurados los que lloran, los que sufren...” *Vivir de la fe* es no hacer nada por motivos humanos, sino por dar gloria a Dios y salvar el alma. *Vivir de la fe* es conservar en nosotros la vida divina, a pesar de todos los obstáculos; es vivir sólo para Dios. Sólo Dios nos basta, y con sólo El podemos estar contentos, aunque todos nos abandonen. ¡Qué dicha poder decir: “Dios mío, Tú sólo me bastas! ¡Tu amor me es suficiente! ¡Vivo para Ti, y quiero morir por Ti!” ¿Qué más podemos apetecer? Viva, pues, contenta con su Dios y para su Dios. La vida es corta, y todo pasa: pasan los placeres y pasan también los sufrimientos. ¡Animo! Abraza con ternura su Jesús crucificado, y bese con amor las cruces que quiere darle, y recíbalas como cariños que le prodiga.”

A proporción de lo arraigado y firme de la *fe* era en el Ilmo. P. Ezequiel lo hondo y constante de la *esperanza*, purificándose ésta en el crisol de las contrariedades, sin que decayese un momento. Pudiéramos llenar muchas páginas con citas de sus escritos, donde se revela la firme esperanza que le sostenía y alentaba. Valga una por todas. “Hoy—escribía a una religiosa—estamos en

uno de esos días en que nuestras almas deben cobrar bríos para las luchas de la vida. Fiesta de Todos los Santos, que nos recuerda que pronto pasará todo, y que siendo fieles a nuestra vocación, dentro de poco iremos también a gozar para siempre en nuestra Patria, en compañía de Jesús y de María, en el palacio de nuestro buen Dios... Estamos con Jesús y bajo su amparo, ¿qué podremos temer? Trabajos ha de haber; pero, en compañía de Jesús y de María, ¿quién se desalentará? Animo, pues; Jesús está en el Santísimo Sacramento para darnos fuerza; no nos asustemos de los enemigos; somos más fuertes que ellos, porque Dios Nuestro Señor está con nosotros. Acudamos a refugiarnos en el Divino Corazón de Jesús, y estaremos seguros para pasar a la eternidad."

¡Oh, cuánto amó Luis, hijo de Ignacio!, se le dijo desde el Cielo a Santa María Magdalena de Pazzis, cuando murió San Luis Gonzaga. También nosotros escuchando, no articuladas voces del Cielo, pero sí el testimonio de cuantos conocieron y trataron al Ilmo. Sr. Moreno, y leyendo lo que él mismo nos dejó escrito, podemos exclamar: *¡Oh, cuánto amó Ezequiel, hijo de Agustín!*

Antes de abrir sus ojos a la luz de la razón, había abierto ya su alma al amor de Dios y de la Santísima Virgen, porque sus piadosos padres le enseñaron a odiar el pecado, y tan a fondo aprendió la lección, que no se sabe manchase su inocencia con ninguna culpa mortal, siendo ese aborreci-

miento al pecado efecto del santo temor de Dios, y este temor principio de su amor.

Profesó y observó constante y escrupulosamente la admirable Regla del Santo Obispo de Hipona, que establece por base la caridad. *Ante todo, hermanos carísimos, sea Dios amado, y después el prójimo, porque estos preceptos son los que principalmene se nos han dado.* Fué creciendo en su espíritu la caridad, de manera que, cuanto más apartado estaba del mundo y de las criaturas por su profesión, y más alejado de sí mismo por la abnegación, más se unía con Dios con los únicos vínculos que sobrenaturalmente nos unen a El, que son los vínculos del amor.

Acerquémonos más a las llamas que salen del encendidísimo horno de su Corazón, caldeado en el amor divino, y ¡ojalá que esas llamas toquen y abrasen también nuestros corazones! Siendo ya Obispo de Pasto y estando de Visita pastoral, escribía desde un mísero pueblo de la costa del Pacífico a ciertas personas que como él hacían profesión de *víctimas del Amor divino*: "Va ésta a decirles que las tengo presentes en el Sagrado Corazón de Jesús en estas soledades. ¡Cuánto ayuda el pensamiento de que estoy con mis Hermanas en el Corazón de Nuestro Amado Jesús, adorándole, glorificándole, amándole! ¡Qué consolador es tener por estos retiros a un Dios a quien amar y con quien tratar! ¡Y qué triste sería todo esto sin ese Dios amoroso! ¡Oh, dulce Jesús, mío, amor mío; voy en tu compañía, y en tu compañía andan tam-

bién mis Hermanas! Te amo con ellas a todas horas, y no estoy solo, no, no estoy solo, Jesús mío: estás conmigo y te amo, y todo lo tengo. Si te ocultas para probar mi fidelidad, te busco, y unas veces te dejas encontrar, y lleno de amor me dices: *¡Aquí estoy!...* ¡Y te siento, y lloro de gratitud y de amor! Y otras quieres que lloro de hambre por encontrarte, y me parece que en este caso me lo agradece más y me lo pagas mejor.

"Pero ¡no me dejes amor mío; no me dejes solo en estas soledades! No tengo otra cosa en estos rincones, ni otra cosa quiero tampoco. Es preciso, dulce Jesús mío, que por aquí lo hagas Tú todo; que me llames, que me muevas, que me lles y arrastres hacia Ti, porque las demás cosas del culto no me animan. ¡Jesús mío! Te veo entre paredes arruinadas, y veo tu casa llena de goteras, como la de un pordiosero. ¡Dueño del universo! ¡Qué pobrecito estás en tantas partes del mundo por nuestro amor!

"¡Jesús de mi alma! ¿Qué hago para amarte mucho? Dime, Bien mío, dime: ¿qué hago? ¿Por qué, buen Jesús, por qué no obras el prodigio de matarme de amor hacia Ti? Ven, Jesús mío, ven y sacia mi pobre alma. ¡Que yo oiga tu voz en el ruido de los ríos, de los torrentes, de las cascadas! ¡Que me llame hacia Ti el suave roce de las hojas de los árboles agitadas por el viento! ¡Que te vea, Bien mío, en la hermosura de las flores! ¡Que los ardientes rayos del sol de la costa sean fríos, muy fríos, comparados con los rayos de amor que me



lance tu Corazón! ¡Que las gotas de agua que me han caído y me caigan sean pedacitos de tu amor, que me hagan prorrumpir en otros tantos actos de ese amor! ¡Que mi sed, y mi cansancio, y mis privaciones, y mis fatigas, sean... ¿qué, amor mío, qué han de ser? ¡Ah! ¡Ya lo sé, y Tú me lo has inspirado! ¡Que sean suspiros de mi alma enamorada, cariños, Amor mío; ternuras, afectos, rachas huracanadas de amor, pero loco... Jesús mío, amor loco! ¡Te lo he pedido tantas veces! ¿Cuándo, mi Jesús, cuándo me oyes? ¡Ah! ¡Te amo de todos modos! Sí, Jesús mío, de todos modos te amo.”

Quien así amaba al misericordiosísimo Jesús, ¿no amaría ardientemente a los prójimos? En todas las edades y situaciones de su vida dió continuas pruebas de ese amor, remediando en cuanto pudo las necesidades temporales de los pobres y practicando siempre ferviente celo por la salvación de las almas. Efecto de ese celo eran sus tan frecuentes sermones, Pastorales y escritos; su asidua asistencia al confesonario y su amabilidad y acierto en la dirección de muchísimas almas, que en el claustro o fuera de él aspiraban a la perfección en las virtudes.

Era el muy piadoso P. Ezequiel *hombre de oración*, pudiendo decirse que oraba de continuo, ya por el ejercicio actual o habitual de la presencia de Dios, ya por el recogimiento de su espíritu y su pensar y ahondar en las verdades eternas. Fué igualmente devotísimo de Dios y de los Santos, sobresaliendo entre todas sus devociones las que

tenía a Jesús Sacramentado, adorándole luego en su Divino Corazón, y reverenciando fervorosamente a la Santísima Virgen y al glorioso Patriarca San José.

De su amor y devoción al Augusto Sacramento de la Eucaristía nos certifican sus continuas visitas al Sagrario, lo mucho que gozaba en rendir culto, y en que otros lo rindiesen, al Santísimo, a *Nuestro Amo y Dueño*, como él se complacía en llamarle, y su vehemente dolor al ver que se le injuriaba. La devoción al Corazón Divino de Jesús tenía en el P. Ezequiel hondas raíces. Devotísimo fué del Sagrado Corazón de Jesús, a quien humilde y temeroso decía en la primera Carta Pastoral dirigida a los fieles de Casanare: “¡Divino Corazón de mi Jesús, a Ti me acojo! Tú eres toda mi esperanza, y Tú serás mi ayuda, mi tesoro, mi sabiduría, mi fortaleza y mi refugio. *Fortitudo mea et refugium meum es Tu*. He aquí las palabras que rodearán la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que declaramos será el sello de nuestro oficio.”

Intensa y muy afectuosa era también su devoción a la Santísima Virgen. “Tengamos—escribe—devoción al Corazón Purísimo de María; acudamos a ese Corazón, a esa fuente copiosa de misericordia, a ese riquísimo tesoro de la abundancia celestial, a ese palacio del gran Rey, dispuesto siempre para dar hospitalidad amorosa a todos los desterrados hijos de Eva. Amemos mucho los Sagrados Corazones de Jesús y María, que tanto sufrieron por nosotros y tanto nos aman”. Y dice a

continuación: "Jesús... María... José... Sí... José... También a Ti te llamo, gloriosísimo Patriarca, querido protector y abogado mío. Jesús, María, José, ayudadme, protegedme, para que sirviéndooos y amándooos en esta vida, llegue a vivir para siempre en vuestra compañía en la vida de la gloria. Amén."

CAPITULO II

VIRTUDES CARDINALES DEL ILMO. P. EZEQUIEL:

PRUDENCIA. — JUSTICIA. — FORTALEZA, — TEM-
PLANZA

Después de lo dicho acerca de la no interrumpida vigilancia del P. Ezequiel en la santificación propia y en la de sus prójimos, bien podemos afirmar que fué uno de aquellos por quienes preguntaba el Salvador en el Evangelio: *¿Quién es el siervo fiel y prudente a quien el Señor constituyó sobre su familia para repartir a cada uno oportunamente el alimento?* Creemos que el Ilmo. Sr. Moreno fué uno de aquellos bienaventurados, pues le halló el Señor dispuesto y cumpliendo con su deber cuando vino a pedirle cuenta.

A los pocos meses de haber recibido el Orden del Presbiterado, y cuando no había cumplido aún los veinticuatro años de edad, fué ya el P. Ezequiel constituido superior de alguna parte de la familia de Dios, o sea de la grey cristiana, y a contar desde entonces, hasta su muerte, siguió desempeñando jefatura en la casa del Señor, prime-

ro en Filipinas, luego en España, y finalmente en Colombia. Pues bien; todos los que fueron sus súbditos reconocen y proclaman la *prudencia* y *fidelidad* con que atendió a sus cargos.

Nunca obró con precipitación, ni pudo tachársele de irreflexivo. No fiándose de sí mismo, consultaba siempre a los experimentados. Es verdad que el Sr. Moreno no tenía la prudencia del siglo y que por su actitud, al parecer, demasiado rígida contra el liberalismo, le tacharon algunos de imprudente. Nada quería con la prudencia del siglo porque es enemiga de Dios, y sabiendo que el liberalismo está en oposición con el catolicismo, lo combatía con todas sus fuerzas.

Haciendo una persona que le trató con intimidad ligera mención de las virtudes particulares en que se distinguió el Ilmo. P. Ezequiel, dice al hablar de la prudencia: “En vez de marcada, ni mucho menos áspera reprehensión, avisaba con ternura de padre a quien tenía que corregir. A veces con una dulce mirada era bastante. No solía mandar, sino que indicaba suavemente lo que había de hacerse con ruego y no con imperio, y claro es que nadie se resistía a modos tan atentos e insinuantes. En solucionar cuestiones y asuntos graves nunca fué precipitado: precedía la oración y se inspiraba en la divina voluntad.”

Desde joven había trabajado el P. Ezequiel en adquirir la virtud de la *fortaleza* por el vencimiento de sí mismo, luchando con valentía y constancia para subyugar sus pasiones bajo el dominio

de la razón, sometida a la adorable voluntad de Dios.

En la lucha que, singularmente mientras fué Obispo de Pasto, sostuvo infatigable contra el liberalismo, se ve que el Espíritu Santo le había colmado del *don de fortaleza*; su denodado batallar superaba por completo a sus fuerzas; tanto más cuanto que de su natural era muy pacífico, y su temperamento tan dulce, que propendía más a la timidez que al arrojo. Y con todo, su grande y casi increíble fortaleza—siempre en fondo de dulzura—llegó a formar su carácter. Decía en una de sus Pastorales: “*Me repugna batallar cuando puedo ceder sin faltar a mi conciencia, y sólo lucho cuando un deber de justicia o de caridad me obliga.*”

Un periodista católico escribió, al saber el fallecimiento del Ilmo. Sr. Moreno, lo que sigue: “Consideraré solamente una cualidad predominante, que puede decirse constituye lo característico de la persona moral del ilustre Misionero de Filipinas, Vicario Apostólico de Casanare y dignísimo Obispo de Pasto. *Esa cualidad fué, a mi ver, la fortaleza, a la cual van siempre unidas la magnanimidad y la templanza.*”

Distinguíó siempre al P. Ezequiel la moderación, o sea la virtud cardinal de la templanza, y tanto y de tal manera la practicaba, que parecía a muchos religiosos y a otras personas muy natural aquella moderación, y sin embargo era obra de la gracia fielmente correspondida. ¡Cuánto tra-

bajó hasta alcanzar un santo equilibrio entre las necesarias relaciones de la carne con el espíritu!

Sobrio en el comer y beber, parco en los recreos, dominador de sus pasiones y sentidos, siempre honesto, clemente y modestísimo, fué siempre el Ilmo. P. Ezequiel Moreno dechado de *templanza*.

CAPITULO III

VIRTUDES RELIGIOSAS Y VIRTUDES MORALES

DEL ILMO. P. EZEQUIEL

Constantemente exacto en la observancia de la obediencia, pobreza y castidad religiosas fué el P. Ezequiel, desde el momento en que emitió sus votos hasta su muerte. Jamás puso óbice alguno a las disposiciones de sus prelados, ni trató directa o indirectamente de influir en lo más mínimo para que le mandasen lo que él deseara, pues nunca deseó sino hacer la voluntad divina, manifestada o indicada por la de los superiores. Fué también modelo de pobreza efectiva y afectiva, llevando el cumplimiento de ese voto hasta la escrupulosidad. Firme sobre la base de que cuanto adquiere el religioso lo adquiere para la Orden, y aplicando ese mismo principio a su estado episcopal en la persuasión de que cuantos emolumentos percibía pasaban a ser propiedad de la Iglesia, únicamente disponía de lo estrictamente necesario para su uso. Respecto de la castidad, tenemos poderosos motivos para afirmar que conservó siempre pura la virtud, llamada, con razón, «angélica»; viniendo a con-

firmarnos en esa idea la incorrupción de su cáver.

Al par que obediente, pobre y casto, fué el ilustrísimo Sr. Moreno humilde, manso y paciente Discípulo aplicado y entusiasta en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, aprendió allí la humildad del que vino del Cielo para poner en la tierra cátedra de esa virtud. Era en todo sincero, sin que ni en sus palabras ni en sus obras hubiese dolo, antes bien rendía siempre culto a la verdad; por eso nadie le tuvo jamás por hipócrita. Huía de las alabanzas, mortificándole aun las enhorabuenas que solían dársele después de los conmovedores sermones que predicaba. Lejos de enorgullecerse, ni vanagloriarse con las prelacías, servíanle de motivo para humillarse, creyéndose muy indigno de ellas y aceptándolas sólo por obediencia.

Semejante a su humildad, nos dice el R. padre Santiago Matute, era su *mansedumbre*, manifiesta en el trato con todos, y admirado por ella de propios y extraños. Y lo que más sorprende es que, tanto respeto de la mansedumbre como de las demás virtudes, el P. Moreno las practicaba con tal sencillez y tan sin afectación ni estudio, que parecía en él la cosa más natural; y sin embargo, en ocasiones, ya tenía que violentarse para aparecer manso, a fin de ganar mejor almas para el Cielo. En su trato familiar jamás lo vi alterado, ni le oí una palabra, ni le sorprendí un gesto de impaciencia."

Es que el Ilmo. P. Ezequiel poseía en sumo

grado la virtud de la *paciencia*. Sufrió mucho y siempre con igualdad y serenidad de ánimo, sin turbación ni tristeza. “¡Paciencia”, dijo cuando enfermo con calenturas, iba en compañía de otros misioneros a Filipinas. “¡Paciencia!”, decía en la Paragua al verse atacado por la fiebre contraída en su primera excursión a convertir infieles. “¡Paciencia!”, repetía en sus frecuentes males y acerbos dolores. “¡Paciencia!”, resonaba en los ámbitos de su grande alma viéndose injuriado en sus empresas apostólicas. De paciencia ultraheroica dió admirable prueba en las operaciones sufridas en su última enfermedad, cuando el Señor le concedió lo que le pedía en aquella sublime Oración, que él compuso y hoy repiten los asociados a la Liga Santa: “¡Oh amado de mi alma! Para imitaros abrazo con el más tierno afecto los dolores, las enfermedades, la pobreza y las humillaciones, y las considero como hermosas partecitas de tu Cruz. Como Vos, ¡oh amor mío!, quiero vivir pobre, ultrajado, menospreciado, adolorido, llagado de pies a cabeza, clavado con Vos en la Cruz, y, si os place, llegar a ella, como Vos, hasta el extremo de ser abandonado y privado de la sensible asistencia del Padre celestial.”

CAPITULO IV

PENITENCIA Y ABNEGACIÓN DEL ILMO. P. EZEQUIEL.—DESOLACIÓN DE ESPÍRITU

De su *penitencia* dan testimonio las disciplinas y cilicios que usaba para castigar su cuerpo, y que todavía con sangre se encontraron a su muerte: son tan horribles, que más parecen instrumentos de martirio que de mortificación.

El portero que había en el palacio de Pasto asegura que los miércoles y los viernes oía cómo el Ilmo. Sr. Obispo se desgarraba el cuerpo con la disciplina. Lo mismo afirma uno de los familiares, y escribe el P. Alberto lo siguiente: "En varias ocasiones noté que la capilla estaba cerrada por dentro, y se sentía el chasquido de las disciplinas, como se sentía también otras veces por la noche en su habitación."

Con este mortificar su cuerpo exteriorizaba su *abnegación*, que es la penitencia del alma. El P. Ezequiel desde los albores de su vida *quiso* seguir las huellas de Nuestro Divino Redentor, y ese querer, que no fué el de los perezosos, formó la ocupación constante de su alma. ¡Seguir a Jesús!

¡Asemjarse a Jesús! ¡Vivir la vida de Jesús! Estos eran los anhelos de su corazón y el objetivo de sus pensamientos, palabras y obras. “¡Qué dicha, decía en una de sus cartas, no querer más que lo que Jesús quiere! ¡Oh Jesús, oh buen Jesús! ¿Cómo agradeceros ese conocimiento claro que nos dais de vuestras cosas, y ese apetecer sólo lo que es vuestro, y ese sentir que lo que no sea eso no merece nuestro cuidado?”

Llevó su abnegación hasta desprenderse de todo: “honra, consuelos, cuerpo, salud, alma, potencias, sentidos, riqueza y vida, sin reservarse más que la voluntad de estar unido para siempre al Sagrado Corazón de Jesús, su único encanto y su único amor”. Así lo consigna en santo documento, firmado con su propia sangre, que ya no era suya, sino de Jesús.

Es la cruz símbolo de la penitencia y abnegación, y principalmente del *sacrificio*. El Sr. Moreno, el amante de Jesús crucificado, el amigo íntimo del Divino Corazón, respiró siempre el ambiente de sacrificio.

¡Cuánto sufrió en sus enfermedades, sobre todo en la última! Y el sacrificio no está precisamente en sufrir dolores, sino en cómo se sufren. El soportó los males con paciencia, y, lo que es mucho más, con alegría interior, pidiendo toda clase de tribulaciones para grabar más hondamente en su alma y en su cuerpo la imagen de Jesús crucificado.

Terribilísimo fué para Nuestro Divino Reden-

tor, tal vez lo más terrible de su sagrada Pasión, aquel misterioso abandono en que le dejó su Eterno Padre. Algo de esto padeció también el ilustrísimo P. Ezequiel. “Es lo ordinario—decía como dando cuenta de su conciencia—, es lo ordinario que nuestro buen Jesús me tenga amándole sólo con la voluntad, sin que este corazón sienta lo que la voluntad quiere. No sé el tiempo que tendrá marcado para que yo le ame solo, a puro esfuerzo de la voluntad, sin experimentar esos consuelos que tanto facilitan los caminos del sacrificio y que hacen de la tierra un Cielo. Este Cielo en la tierra no lo tengo. Siento, ¡oh Jesús mío!, que te debes complacer más cuando una pobre alma abandonada, sola, sin estímulo alguno aparente, se vuelve a Ti para decirte: “Te amo, ¡oh Jesús mío!, te amo, y nada tengo ni quiero tener que no sea tuyo.”

CAPITULO V

FAMA DE SANTIDAD.—PROCESOS PARA LA BEATIFICACIÓN.—PRODIGIOS OBRADOS POR SU INTERCESIÓN

La fama de santidad del siervo de Dios ilustrísimo P. Ezequiel Moreno y Díaz voló muy pronto por todas partes, y la Sagrada Congregación de Ritos mandó formar procesos canónicos acerca de su vida y virtudes. Ya se terminaron felizmente los que se hicieron en Pasto, donde fué Obispo, en la diócesis de Tarazona, donde nació y murió, y en Filipinas, donde misionó por espacio de quince años, Ahora se hace en Santa Fe de Bogotá, capital de la República de Colombia.

Dispuso también la Sagrada Congregación que ante Tribunales eclesiásticos de Tarazona y Bogotá se presentasen todos los escritos de ilustrísimo P. Ezequiel. Sabemos que además de las Pastorales y Circulares y otras varias obras suyas impresas, se han presentado gran número de sermones y pláticas, juntamente con más de novecientas cartas, casi todas, así como los sermones, originales ó autógrafos.

El Episcopado de Colombia ha elevado a manos de Su Santidad súplica reverente para que lo antes posible sea introducida y prospere la causa de beatificación de su ilustre y virtuosísimo Hermano.

Para beatificarlo se exigen, después de otros muchos requisitos, que por intercesión del beatificando haya obrado el Señor por lo menos dos milagros, que hayan merecido la aprobación de Roma. Por cientos se cuentan los prodigios que el Señor ha obrado mediante la intercesión de su Siervo. De algunos dimos noticia en la Biografía publicada el año 1909. Otros muchísimos han acaecido después, siendo ya casi incontables las conversiones, curaciones y extraordinarios favores. En este compendio sólo pondremos tres de esos casos, dos acaecidos en Colombia y uno en España. Refiere el primero el mismo favorecido, y lo hace en carta fechada el 20 de Julio de 1912.

“Es el caso—dice—que el año 1899, para cooperar a extinguir la revolución que durante tres años anegó en sangre nuestra patria, milité en las filas del partido conservador.

”Mientras la campaña, y obligado por la fatiga, me aficioné a la bebida alcohólica, de modo que el vicio de la embriaguez me dominó por completo. Veces hubo que me enajenó hasta por quince días consecutivos, durante los que no tomaba alimento alguno.

”Mi dignidad de hombre se rebelaba contra

este modo de ser, y, desesperado, tomé muchos remedios destructores de tal vicio, entre otros uno especial pedido a Inglaterra por el R. P. Loidy; mas todo fué inútil, el vicio se aferraba más y más.

"Cuantas veces, en horas de reflexión, me volví a Dios suplicándole hiciera desaparecer de mí tan abominable vicio, entonces me disponía a la enmienda; pero ahogaba en seguida el hábito vicioso toda resolución saludable, y algunas veces dejé de implorar la misericordia divina. Nueve años duró esta lucha terrible. Al fin, una religiosa Betlemita me dió una reliquia y un retrato del Ilmo. Sr. Moreno, y me dijo que llevase conmigo la reliquia, y que poniendo por medianero al Sr. Moreno rezara tres Padrenuestros y Avemarías a la Santísima Trinidad para que se dignara venir en mi socorro.

"Puse inmediatamente la reliquia sobre mi corazón, y... desde aquel día (1.º de Octubre de 1910), día venturoso para mí, declaró solemnemente ante Dios que no he sentido el menor deseo de tomar bebidas alcohólicas, y no que tenga que violentarme, sino que el mismo deseo parece extinguido.

"Mientras el Ilmo. Sr. Moreno vivió entre nosotros, me fué muy antipático; mas hoy su recuerdo y esta reliquia que empañándole en lágrimas estrecho a mi corazón, los veneraré hasta el instante último de mi existencia.

"He ahí, R. P., la gracia que he querido ma-

nifestarle; pronto estoy a confirmar con juramento cuanto he dicho y a presentar testigos honorables que presenciaron mi vicio y que certificarán el cambio en mí operado.—F. D. Z.”

El segundo caso acaeció también en Pasto, y está consignado en carta del 15 de Marzo de 1912. Dice así: “Como a los cinco días del mes de Noviembre del año pasado (1911), y a las nueve de la mañana, poco más o menos, se encontraban nuestros hijos Carlos Enrique, Rebeca y Josefina, de edad de once, nueve y siete años, respectivamente, jugando en una de las habitaciones de la casa. Carlos Enrique toma un revólver, marca *Smit*, calibre 38, que se hallaba cargado, y encontrándose con Rebeca frente a frente, a distancia de un metro, aquél apuntaba a ésta, ignorando ambos que el arma contenía cápsulas, y dispara. Mas ¿qué sucede? Le da el proyectil en el pecho, precisamente donde nuestra hija Rebeca tenía un pedacito de los *guantes que usó el ilustrísimo señor Moreno*; la bala hunde un tantito la mencionada *reliquia*; se desvía, tomando una dirección transversal, y va a clavarse a la pared contigua, a distancia de tres varas, introduciéndose tres centímetros, y a la chica apenas le causó dos pequeños raspones, el uno en el lugar donde directamente iba la bala, el pecho, y el otro, mediante la desviación, en la parte superior del brazo. Nuestra hija Rebeca desde ese mismo instante quedó sana, implorando a Dios, y bendiciendo todos los de casa a nuestro ilustrísimo

Prelado, autor del favor.—*Angel L. Zarama.*—*Delia Delgado de Zarama.*”

Aún parece más prodigioso este otro caso que el R. P. Pedro Fabo del Corazón de María, Definidor General de nuestra Orden, recuerda y describe en su hermoso libro *Olor de santidad* (1) al aportar datos para un segundo tomo de la Biografía del Ilmo. P. Ezequiel Moreno: “Todavía —dice— va ondulando de periódico en periódico y de hogar en hogar el eco del acontecimiento que se verificó el año 1909 en el convento de monjas Agustinas de Aldaz, Navarra. Hacía más de catorce años que una religiosa sufría tuberculosis ósea en la columna vertebral, lo que en Medicina recibe el nombre de “mal vertebral de Pott”. En un principio tomó algunas medicinas calmantes, pero en vano; la enfermedad siguió su curso hasta que sobrevino en la doliente una señal inequívoca de incurabilidad, una fístula al exterior. Al llegar a este estado el mal de Pott, dice la ciencia que es incurable. Ya la religiosa no tomaba remedios, porque estaba desahuciada. Movi- da por la fama de santidad del recién muerto Obispo agustino, la Comunidad resolvió hacer a la Santísima Trinidad dos novenas para obtener la curación de aquella enferma por mediación del P. Ezequiel, y al tercer día de la segunda novena la enferma se curó de repente, dejó la cama

(1) *Olor de santidad*, por el P. Fabo, Imprenta Helénica. Madrid, 1916.

y comenzó a comer, moverse y trabajar como las demás religiosas, curada por completo. Examináronla los médicos, tomó radiografías un profesional de San Sebastián; pero para mayor seguridad y certeza se obtuvo de la Sagrada Congregación de religiosos licencia para que la monja saliese de la clausura y se trasladase a Madrid, con el fin de que la examinara, por medio de la radiografía, algún especialista.

Hecho lo cual por los radiólogos hermanos Ratera, reconocidos como las primeras eminencias de la especialidad en España, no vacilaron en estampar, autorizado con su firma, un informe en que aparece esta frase: "Mal vertebral de Pott, curado". Efectivamente, en la radiografía se ve que han desaparecido tres vértebras y que han formado una plancha o bloque... Y curada sigue la enferma.

CAPITULO VI

EXHUMACIÓN DEL CADÁVER DEL ILMO. P. EZEQUIEL.—SE HALLA INCORRUPTO.—CONSIDERACIONES.—PROTESTA DEL AUTOR

Pasados más de nueve años después de la muerte y sepelio del Ilmo. P. Ezequiel Moreno y Díaz, fué elevado el cadáver de la modestísima sepultura en que yacía a lugar más decente.

El día 21 de Octubre de 1915, reunido en nuestra iglesia de Monteagudo el Tribunal eclesiástico de la diócesis de Tarazona que entiende en la causa de beatificación, acompañado de cuatro médicos informantes, de las autoridades locales, varias connotadas personas y los obreros necesarios, se procedió a la apertura de la fosa.

No podemos referir detalladamente en este conpendio el acto de la exhumación, ni el maravilloso efecto que produjo en todos la vista del cadáver. El punto donde estaba sepultado, a cerca de dos metros de profundidad, es muy húmedo, tanto que la caja de ciprés en que se colocó, las cerraduras, precintos y accesorios metálicos estaban destruídos por la humedad. Por otra parte, la en-

fermedad de que murió, sarcoma o cáncer; el haber fallecido el 19 de Agosto, en la fuerza de los calores; el haber estado veinticuatro horas antes de ser embalsamado expuesto en atmósfera cálida a la acción de los insectos; lo ligero del embalsamamiento, y el haberlo tenido insepulto por cuatro días, circunstancias todas desfavorables para la conservación, hacían presumir que sólo se encontraría la osamenta.

Sin embargo, apareció el cadáver en el mejor estado posible. En el rostro, aunque ennegrecido, ya por haberlo dejado descubierto, ya porque allí se había cebado la enfermedad y sufrido las operaciones, se conservaban marcadísimas las facciones del difunto, y cualquiera que le hubiese conocido podía desde luego reconocerlo. El cabello de la cabeza estaba muy adherido a la piel, así como las cejas, párpados y pestañas; llamaba la atención lo fresco y sonrosado de las orejas; el cuerpo tenía el volumen y flexibilidad naturales; no era, en fin, un cadáver momificado, sino incorrupto.

Todas las vestiduras pontificales se conservaban en el mismo estado que tenían el día del sepelio. Solideo, mitra, casulla, tunicelas, guantes y demás estaban con el brillo y consistencia de entonces, tanto que bien podían volver a usarse. El alba se veía desgarrada por la parte inferior, pero esto era debido a la indiscreta devoción de algunas personas que cortaron pedazos en el momento de ir a cerrar la caja.

Bien podemos pensar y decir que se trata de

un prodigio obrado por Dios omnipotente en favor del cadáver de su siervo. Esa incorrupción viene a confirmar nuestras indicaciones acerca de la inocencia y pureza íntegramente conservada durante su vida por el humilde y penitente padre Ezequiel Moreno, que ostentará en el Cielo las tres aureolas del magisterio, de la virginidad y del martirio.

Enseñó de palabra y por escrito la Doctrina Católica, refutando todos los errores opuestos a la fe, y en particular los que defiende el liberalismo. Guardó, sin que nunca se ajase, la delicada flor de la castidad, y ganó, además, la palma del martirio, ya ofreciendo continuamente su vida por amor a la fe, ya por haber sufrido con espíritu de víctima del amor divino y sin exhalar una queja cruentas y dolorosísimas operaciones en su última enfermedad.

De todos modos, el juicio valedero y definitivo sobre la santidad del siervo de Dios Ilmo. Padre Ezequiel Moreno y Díaz, Religioso de la Orden de Agustinos Recoletos y Obispo de Pasto en Colombia, coresponde a nuestra santa Madre la Iglesia Católica, a cuya infalible autoridad sometemos en general y en particular, en ideas y en palabras, cuanto hemos consignado en este Compendio.

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
PRÓLOGO.	5
PRIMERA PARTE	
CAPÍTULO I. Nacimiento, padres, niñez y vocación de Ezequiel.	9
CAP. II. Toma de hábito. Noviciado. Profesión. Estudios. Salida de Fr. Ezequiel para las Misiones de Filipinas.	12
CAP. III. Recibe los sagrados órdenes en Manila. El P. Ezequiel capellán y misionero de Puerto Princesa. Párroco, Vicario provincial y otros cargos.	16
CAP. IV. Venida del P. Ezequiel a España, Rector del Colegio de Monteagudo.	22
CAP. V. Marcha el R. P. Ezequiel a las Misiones de Colombia. Viaje. Restauración de la provincia religiosa.	24
CAP. VI. Vida apostólica del R. P. Ezequiel. En el púlpito. En el confesionario.	28
CAP. VII. Casanare. Ida del R. P. Ezequiel a Los Llanos. Se interna en viaje de exploración.	31
CAP. VIII. Regreso a Bogotá. Viaje penoso. El reverendo P. Ezequiel como Superior.	35
SEGUNDA PARTE	
CAPÍTULO I. El R. P. Ezequiel es consagrado Obispo. Vicariato apostólico de Casanare. Primera carta pastoral. Entrada en Támará.	43

	<u>PÁGS.</u>
CAP. II. Vida del Ilmo. P. Ezequiel en Casanare. Visita pastoral.	48
CAP. III. Presentación para Obispo de Pasto. Entrada en la diócesis. El Ilmo. Sr. Schumacher.	52
CAP. IV. Santa Visita pastoral. Vuelta a Pasto. Cartas pastorales. Folleto.	57
CAP. V. Visita «ad limina». Viaje a Roma. Colegio de Tulcán. Venida a España. Regreso a Pasto.	62
CAP. VI. Guerra de tres años en Colombia. Gestiones del Sr. Moreno en favor del orden.	66
CAP. VII. Terminación de la guerra en los campos. Cartas pastorales. Instrucciones al Clero.	69
CAP. VIII. Territorio de Caquetá. Los capuchinos. Otras comunidades religiosas. Las Escalvas de Jesús.	74
CAP. IX. Segunda Visita pastoral. Ida del Sr. Obispo a Bogotá. Continúa la santa Visita. Apacigua una sedición militar.	77
CAP. X. El General Reyes. Viaje del Sr. Moreno a la capital de Colombia. Vuelta a su diócesis. Entusiasta recibimiento.	83
CAP. XI. Principios de la última enfermedad del Sr. Moreno. Viene a España. Operación. Fallecimiento.	86
CAP. XII. Embalsamamiento del cadáver. Sepelio. Honras en España y Colombia. Alabanzas y vituperios.	91

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I. Virtudes del Ilmo. P. Ezequiel Moreno: Fe. Esperanza. Caridad.	97
CAP. II. Virtudes cardinales del Ilmo. P. Ezequiel: Prudencia. Justicia. Fortaleza. Templanza.	105

	<u>PÁGS.</u>
CAP. III. Virtudes religiosas y virtudes morales del Ilmo. P. Ezequiel.	109
CAP. IV. Penitencia y abnegación del Ilmo. P. Ezequiel. Desolación de espíritu.	112
CAP. V. Fama de santidad. Procesos para la beatificación. Prodigios obrados por su intercesión.	115
CAP. VI. Exhumación del cádaver del ilustrísimo P. Ezequiel. Se halla incorrupto. Consideraciones. Protesta del autor.	121

